

## NI CALLARLO NI DECIRLO

Compuesto por Don Antonio Hurtado de Mendoza,  
Gentilhombre del conde de Saldaña.

---

Personas que hablan en ella:

- El REY don Al[f]onso el grande de Aragón
  - Don JUAN de Ayala, caballero castellano
  - Don BLASCO de Alagón
  - Dos caballeros CORTESANOS: LUPERCIO y otro [Caballero]
  - GONZALO, criado de don Juan
  - Doña [E]LVIRA de Aragón, hermana del conde de Urgel
  - [Juana], una CRIADA suya
  - Doña ALDONZA [de Urrea], dama
- 

### PRIMERA JORNADA

---

Salga DON JUAN DE AYALA, pensativo y paseándose por el tablado, y GONZALO, su criado, detrás de él, mirando del mismo modo. Y después de haber dado una vuelta al tablado y dicho la primera copla, tírele de la capa y diga las demás.

GONZALO:           (¿Hay suspensión más extraña? [Aparte]  
¿Hay amor tan enfadoso?  
Ea, embisto; que es forzoso  
que se empiece la maraña).  
¡Ah señor! ¡Qué embelesado  
se está sin oír ni hablar!  
¡El diablo puede esperar  
lo que se dice un callado!  
Si es que hacer por lo entendido  
del divertirte gran precio,  
si quieres ser menos necio,  
¡sé necio, y no divertido!  
¿Hay embeleso, hay espanto  
de amor igual? Luego vi  
que es estar menos en sí  
el estar consigo tanto.

JUAN:               Este hermoso, este grande, este escondido  
afecto de mi amor, que retirado  
yace en el hondo mar de mi cuidado,  
y en la ardiente región de mi  
                        ¿cuándo en voz se verá, cuándo en gemido  
de lazos de silencio desatado,  
o siempre en mis memorias obstinado,

cuándo podré acordarme algún olvido?  
Recato es no morir. Ninguno acierte  
en mi estrago, la causa al alma asida,  
la mano celestial, el dueño altivo.  
Quitaré la costumbre de la muerte  
y hecho sepulcro de mi propia vida,  
polvo de amor seré, quedando vivo.

GONZALO:           ¿Sonetico? Los condeno.  
¡Pardiós!, que quiero decillo  
si el soteno y tabardillo  
salen mal del catorceno.  
          ¡Cuál diablos la dama es,  
que de un hombre honrado amada  
modestamente, se enfada  
de una injuria tan cortés!  
          (¡Díjelo pulídamente!)       [**Aparte**]  
Sea esa fembra en buen hora.  
Si del solar del aurora,  
de todo el sol descendiente,  
          tu nobleza, aunque no iguala  
tu presunción, ¿qué se humilla?  
¿No fue tu agüelo en Castilla,  
Don Pedro López de Ayala?  
          ¡Qué suspenso está, y qué mudo!  
(¡Vive Dios, que me he vengado!       [**Aparte**]  
¡Que a un divertido menguado  
dalle con lo linajudo!)

JUAN:              Un dolor me ha de matar,  
hermoso, esquivo y severo;  
que si no sano, me muero,  
y muero por no sanar.  
          ¡Cielos! ¿Por qué ha de ser mengua  
el que yo diga mi amor?  
¡Oh, qué recio habla un dolor  
en lo mudo de una lengua!  
          Si mudamente he de amar  
a lo que en tanto sentir,  
mi pena puede decir  
"estrecho viene el callar".  
          (¡Ay, Elvira de Aragón!       [**Aparte**]  
¡Y qué bien en tu hermosura,  
acertando mi locura,  
desatina mi razón!  
          Tan alto empeño me fío,  
que en tu gloriosa beldad  
cuanto es mayor vanidad  
es mayor acierto mío).  
          ¿Dónde consuelo y disculpa  
hallará mi amor? Jamás,  
si a aquello en que acierto más,  
vengo a tener mayor culpa.  
          Si mi pena, si mi llanto,  
si mi amor, que no le entienden,  
aún en mi silencio ofenden,  
no puedo más que amar tanto.

GONZALO:           No se vio amor tan callado,  
ni tan escondida llama  
que no la entienda la dama  
o la sepa su criado.  
          Soy criado noble en efecto  
de gran punto y ley entera,  
que si tu lacayo fuera,  
me rogara tu secreto.

(Quiero de esta fantasía [Aparte]  
divertille si me atrevo).  
¿Sabes, di, lo que hay de nuevo?  
JUAN: ¿Hay alguna dicha mía?  
GONZALO: Oh, ¡qué vulgares engaños!  
"Sabes que el rey, que Dios guarde,  
sale en público esta tarde?  
JUAN: Salga, y viva muchos años.  
GONZALO: Hay famosas competencias;  
que al rey privado no dan  
hasta ahora.  
JUAN: Así estarán  
ociosas las reverencias.  
GONZALO: También entras en la dicha;  
que en decir el pueblo ha dado,  
que tú has de ser el privado.  
JUAN: ¡Aún me falta esa desdicha!  
GONZALO: ¡Por Dios, que miento; oh, traidora  
lisonjera! Mas, ¿qué espero?;  
que por si lo fuere, quiero  
ayudalle desde ahora.  
El rey sale. Poco a poco  
te introduce con primor  
entre todos.  
JUAN: Hay amor  
por callar, ¡mas no estoy loco!

**Sale el REY con mucho acompañamiento [LUPERCIO y un CORTESANO  
entre ellos], y DON JUAN y su criado se introducen entre todos, y DON  
BLASCO DE  
ALAGON viene de viejo.**

LUPERCIO: Hoy es el primero día  
que verse Alfonso ha dejado  
después que el reino ha heredado.  
¡Mil siglos su bizarría  
logre y su ingenio!, que en él,  
con juicio siempre despierto,  
cada paso es un acierto,  
cada acción es un laurel.  
Hoy se espera la elección  
que ha de hacer de camarero  
mayor.  
CORTESANO: ¿Y en quién?  
LUPERCIO: Yo la espero  
en don Blasco de Alagón.  
Todo el pueblo así lo siente;  
pero hay otros que alcanzallo  
esperan.  
CORTESANO: El esperallo  
se merece fácilmente.  
REY: Don Blasco.  
LUPERCIO: A don Blasco llama.  
Su camarero mayor  
le nombra.  
REY: Vuestro valor,  
que ocupa entera la fama,  
tantos años ha servido,  
que en su casa retirado  
podrá vivir descansado.  
BLASCO: Mil veces, señor, te pido  
la mano, que hoy haces ley  
de príncipe justo y manso,

que hacer merced de descanso,  
no lo ha podido otro rey.

LUPERCIO: Con muy baratas mercedes  
empieza el rey.

BLASCO: Ha premiado  
mis servicios.

CORTESANO: Él te ha dado  
lo que tú tomar te puedes.

BLASCO: Sabio el rey empieza a ser,  
que no al que importuno sea  
le ha de dar lo que desea,  
sino lo que ha menester.  
Yo estoy contento.

REY: El señor  
de Urrea...

BLASCO: De honralle trata  
el rey.

REY: ...de Aranda y Morata  
él, y él de Illueca y Gotor  
son Condes.

BLASCO: Justa merced.

GONZALO: ¿Dos condes? ¡De dos en dos  
van las señorías! ¡Dios  
nos tenga de su merced!

JUAN: Los reyes que honras no dan,  
¿en qué reinan? ¡Qué altamente  
ha hecho agora más de veinte  
en Castilla el rey don Juan!

CORTESANO: Por los ausentes empieza.

BLASCO: Del rey, con justa alabanza,  
cuánto más lejos alcanza  
es más grande la grandeza.

LUPERCIO: Del fuego y del sol jamás  
pierde un buen rey la costumbre  
que al m s cercano a su lumbre  
enciende y calienta más.  
Poco el rey me satisface.  
Cortesanos de primor  
no han de culpar lo peor  
sino aquello que se hace.

GONZALO: ¿Cuándo sale este embozado?

REY: Don Juan de Ayala.

JUAN: ¿Señor?

REY: Mi camarero mayor  
sois ya.

GONZALO: Doyme a mesurado,  
y hablar quiere al rey mi amigo.

JUAN: ¡Tente, loco! ¡Tente, acaba!

GONZALO: Así, así. No me acordaba  
que el rey ha de hablar conmigo.

CORTESANO: Bien muestra el rey en el modo  
que nació en Castilla, pues  
más que a tanto aragonés  
precia a un castellano.

BLASCO: En todo  
muestra el rey que es sabio y justo;  
que el serville en la corona  
todos, pero en la persona,  
los que fueren de su gusto.

REY: A honrarte públicamente  
sólo salí.

JUAN: De tu vida,  
siglos veas.

REY: Tu lucida,

noble pobreza decente  
a elegirte me ha obligado;  
que un caballero que ha sido  
en la miseria sufrido,  
será en el poder templado.

No [abuses] edad ninguna;  
que gran sangre conservada  
en limpieza y vida honrada  
es grande en cualquier fortuna.

Queda y oye de la gente  
el aplauso entremetido;  
que ha poco que eres valido  
y sabrá él que te miente.

**Vase [el REY]**

LUPERCIO:           ¿Qué elección! ¿A un forastero  
no le das el parabién?  
BLASCO:            ¿Harélo cuando le den  
lo que él merece y yo espero?  
CORTESANO:        El viejo nos calla en vano  
la envidia que no se ignora.  
BLASCO:            Adulad poco, que agora  
para engañalle es temprano.

**Vase [DON BLASCO]**

LUPERCIO:        Todo el reino, (y los demás), [Aparte]  
sea holgado, y muy justamente,  
de la elección excelente  
que el rey ha hecho.  
JUAN:            Jamás  
la esperes y será acertada,  
si es que en serviros lo ha sido.  
CORTESANO:      También él nos ha mentido.  
No nos queda a deber nada.  
LUPERCIO:        Don Blasco --y los dos testigos--  
consentimiento molesto  
ha mostrado.  
JUAN:            No, es muy presto  
para tener enemigos.  
Don Blasco es hombre real.  
CORTESANO:      Fuése y no dio parabién.  
JUAN:            Aún no le [he] hecho ningún bien  
para que me quiera mal.  
LUPERCIO:        No dio fuego.  
CORTESANO:      No fue acierto  
Acompañalde.  
LUPERCIO:        Vusía,  
venga.  
JUAN:            Es injusta porfía.  
CORTESANO:      Todavía está indispuerto.

**Vanse los cortesanos**

GONZALO:        Deja que te sirva el plato  
de señoría, o al viento  
de tanto vanillo hambriento  
se las demos de barato;  
y aún no será gran licencia

el ponerte otra demanda,  
que en la boca se me anda  
como diente la excelencia.

El mudo secreto, achaque  
de amor, el silencio y queja  
de los motes se lo deja  
al pulido badulaque.

Habla, y nada ya te asombre:  
Todo es temporalidad  
que busca toda beldad.  
La conveniencia y no el hombre,  
gran señor...

JUAN: ;Quita, enfados[o]!

GONZALO: ;Qué terribles asperezas  
temprano a tener empiezas!  
;Necedades de dichoso!

Ya que eres valido aquí,  
sólo a pedirte me obligo,  
que seas bueno contigo,  
mas no cuerdo contra mí.

JUAN: Déjame solo.

GONZALO: En efecto,  
soledad y lengua muda  
en todo. él quiere, sin duda,  
privar también en secreto.

**Vase [GONZALO]**

JUAN: Agora sí, que he llegado  
a lo más de mis desdichas;  
que hube menester las dichas  
para ser más desdichado.  
O nunca me hubiera hallado  
la Fortuna a ser espanto  
de nuevo tormento y llanto  
o nunca valido fuera,  
porque menester no hubiera  
callar más que callar tanto.

Pudiera ser que algún día  
mi desesperado amor,  
con el ardiente furor  
dijera la pena mía.  
Pero si esta lozanía  
se atreviese --;ay dueño hermoso!--  
mi amor me dirá quejoso  
que decillo aún mi semblante,  
más que locura de amante  
es licencia de dichoso.

Ya teme, ya, mi locura  
que mi amor querrá violento,  
tener el atrevimiento  
de una insolente ventura.  
En tan gloriosa hermosura,  
líneas soberanas toco;  
mas en vano mi amor loco,  
ni a mirarse ha de atrever,  
porque sabré yo tener  
dichas que presuman poco.

Ya no hay esperanza alguna  
de hablar, que, pues mi dolor  
no osó decille mi amor,  
no ha de osallo mi fortuna;  
[;tan desdichada e importuna!].

Segura, señora, estás;  
ya Elvira, no oirás jamás  
esta pena con quien lucho;  
que es bien, si amor callo mucho,  
que el respeto calle más.

Vase [DON JUAN y] salgan DOÑA ELVIRA de Aragón y  
DOÑA ALDONZA de Urrea

ALDONZA: Aunque mis voces no escuchas,  
lo he de saber. ¿Qué te espantas?,  
que son tus tristezas tantas,  
que aun te sobran para muchas.  
¿Qué sientes, prima? ¿Qué tienes  
que en amistades iguales  
ni el dolor niega los males  
ni el gusto calla los bienes?  
¡Ea, no me niegues, no,  
tu mal! No estés mesurada,  
mas, si no me dices nada,  
diréte todo yo.

Aunque sé que no es en vano,  
bella Elvira de Aragón,  
tu tristeza en la prisión  
del conde de Urgel, tu hermano,  
novedad agora siento  
en la suerte del dolor,  
que hace misterio mayor  
el modo que el sentimiento.

Allí le enseñó tu llanto,  
y aquí tu dolor le encubres;  
y aunque menos se descubre,  
dice más callarle tanto.

Penas, suspiras y enojos  
tan sufridos, tan discretos,  
que para estar más secretos,  
aun callan hasta en los ojos.  
No es pena vulgar, Elvira,  
que en silencios que hacen fe,  
lo que se esconde se ve  
aun más que lo que se mira.

ELVIRA: ¿Qué busca tanto aparato  
de palabras? ¡Raro intento!  
Lo que calla un sentimiento  
preguntárselo a un recato.

Si es que tu piedad pretende  
saber y que yo lo diga  
esta callada fatiga,  
ésa es caridad que ofende.

Querer informarse de ella,  
intentar averigualla,  
no más de porque se calla,  
bien merece no sabella.

Si está tu dolor atento  
al mío, y sentirle quiere,  
conque sientas el que fuere,  
no hay que saber el que siento.

Deja; no preguntes nada  
(que esta pena al alma asida **Aparte**  
yo la sufriera entendida,  
y no puedo imaginada)

de mi mal, no entiendo el modo,  
porque es la melancolía

molestia bachillería.  
No está en nada, y piensa en todo.  
Yo misma me ignoro aquí.  
Déjame sola un momento  
que el mal que piensas que siento,  
le quiero saber de mí.

Last updated November 7, 1997

ALDONZA:           Elvira, negando una,  
das mil respuestas ociosas,  
que me has dicho muchas cosas  
para no decir ninguna.  
Sola te dejo; que yo  
tu accidente no la dudo;  
que el amor puede estar mudo,  
mas lo enmudecido, no.

Vase [ALDONZA]

ELVIRA:           Agora, corazón mío,  
sólo con vos hablar quiero  
en mal tan fiero;  
que a mí propia aun no me fío  
la desdicha de que muero:  
Ver entre suerte tan dura  
el nombre de Urgel perdido  
y ofendido,  
el alma dejo segura,  
y entero dejo el sentido;  
pero el mal que agora siento  
en tempestuosa avenida,  
llevaba asida  
la memoria, el pensamiento,  
el sentido, el alma y vida.  
Yo adoro a un hombre, ¡qué injusto!  
--por no más que su opinión.  
¡Ay corazón!  
¡Mucha razón tendrá el gusto,  
mas ninguna la razón!  
¡Ay, dulce pena escondida!  
"Yo, loca? "Yo enamorada?  
¿Yo, agraviada?  
¿Yo, en certezas de perdida  
y en dudas de ser amada?  
¡Cielos, dejad que me asombre  
[aún mi virtud recatada]  
[en ser callada]!  
Que aun no le bastará a un hombre  
[verme amada o humillada].  
¿Yo, querer, ¡ay, cielo esquivo!,  
a don Juan, cuando no espero  
en lo que quiero  
ni aprovechar lo que vivo,  
ni aprovechar lo que muero?  
¡Qué desdicha! ¡Qué rigor!  
Que no sólo en el desdén  
de querer bien  
debo callar el amor,  
sino en la culpa también.  
En pasión tan lisonjera,  
bien sufriera en cuanto siente  
a mi accidente,  
que decirse no pudiera,



si pudiera ser decente.  
Que este amor, en que crüel,  
el respeto me perdí,  
no sólo aquí  
debo callársele a él,  
sino escondelle de mí.  
¡Baste, baste, que yo muera!  
¡Vengue, vengue en mí, enemiga,  
suerte fiera  
a lo fácil que le quiera,  
lo imposible que lo diga!  
Sea el silencio fiel  
a cuánto siento y no digo;  
y sea el castigo  
que ya que muero por él,  
que todo muera conmigo.

**Sale un CRIADO**

CRIADO: Señora, alegre y contento  
tu tío... ¿No estás en tí,  
ni en lo que digo?  
ELVIRA: ¡Ay de mí!  
Sólo estoy en lo que siento.  
Que espera... Llegue mi tío.

**Sale DON BLASCO**

BLASCO: Sobrina mía, señora,  
nunca alegre como agora,  
ni con tanto gusto mío,  
he llegado a verte. Dame  
los brazos.  
ELVIRA: Tío y señor:  
¿Hate hecho el rey el favor  
que esperaban?  
BLASCO: No se llame  
favor sólo, "merced" sí,  
que me manda retirar  
a mi casa a descansar  
y a despedirme de tí.  
Vengo con nueva alegría,  
pues, cuánto --aunque al sol lo iguale--  
puede dar un rey, no vale  
sólo el descanso de un día.  
ELVIRA: ¿Esa merced te ha hecho a tí?  
BLASCO: ¿Qué mayor, si a darme viene  
lo que él para sí no tiene?  
ELVIRA: "Y el despedirte de mí,  
el retirarte a tu estado?  
BLASCO: De la corte no saldré,  
que lo que importa es que esté  
el ánimo retirado:  
que de la ambición sedienta  
de palacio y su congoja,  
él que de nada se enoja,  
huye más que él que se aumenta.  
ELVIRA: Cuando el oficio mayor  
te debe el rey, ¿te retira?  
¿Qué indigno príncipe!  
BLASCO: Elvira,

él le ha empleado mejor;  
que justamente ha elegido  
a un caballero excelente,  
tan bizarro, tan valiente,  
tan cortés, tan entendido,  
que en opinión generosa  
nadie en el reino le iguala.  
¿Y quién es?

ELVIRA:  
BLASCO: Don Juan de Ayala.  
ELVIRA: ¡Ay de mí!  
BLASCO:

¡Que cierta cosa  
sentir como aragonesa  
que un forastero haya sido  
a todos el preferido!  
Pésame de que te pesa.

ELVIRA: ¿Y es muy grande su privanza?  
(¡Oh, nunca llegara a ella!) **Aparte**

BLASCO: Tanto, que el rey cumple en ella  
con su gloriosa esperanza.

ELVIRA: Tío, los esfuerzos deja  
que traes con dudosa furia,  
si muy desnuda la injuria,  
muy envainada la queja.  
¿Faltaba un aragonés  
que ese puesto mereciese?  
¿Qué importa que don Juan fuese  
bizarro, noble y cortés  
para...

BLASCO: Sobrina, ¡eso no!  
Las damas culpar el traje,  
el chiste, el garbo, el lenguaje;  
mas las acciones, ¡ni aun yo!  
Don Juan en todo es perfeto  
y en culpar lo que hace un rey,  
si no parte de la ley,  
peligra todo el respeto.  
Adiós, Elvira.

ELVIRA: Él te guarde.  
BLASCO: ¡Qué fina es mi sobrina!  
Porque mi ofensa imagina,  
le cansa el don Juan.

#### Vase DON BLASCO

ELVIRA: ¡Cobarde!  
Corazón, volved atrás,  
y si mi amor en mi llanto  
por mí le callases tanto,  
por don Juan calla el de más.  
No me embarazo, ¡Jamás!  
Conque don Juan mayor sea;  
pero sí, conque se vea  
que por serlo ha de atendelle,  
y atreviéndome a querelle  
no me atrevo a que él lo crea.  
¡Don Juan valido, y yo amante!  
Corazón, callad agora  
mejor, y seldo en buen hora  
todo, si no es negociante.  
No os vea atento un instante,  
quien fino siempre os miró.  
¡Muera cien mil veces yo,  
parezca mi amor locura,

pena, rabia y desventura;  
pero conveniencia, no!

Cuánto se padece y siente  
en un amor ostinado,  
dé pasos de desdichado,  
pero no de pretendiente;  
no puede amar altamente  
la hermosura generosa,  
que a todo vive imperiosa.  
Presuman pues, las más bellas,  
que están bajas las estrellas  
a la razón de una hermosa.

Si ha de amar bizarro un gusto,  
más digno es de un gran cuidado  
mostrarse desatinado,  
que no que piensen que es justo.  
Al amor más que lo injusto  
una advertencia le culpa.  
[No es desatinada culpa]  
del alma un noble destino;  
de amar en el desatino  
solamente se disculpa.

Voluntad, más ciego el ñudo,  
¡morid, callad!; que a mi amor,  
si no pudiera mi honor,  
el mismo le hiciera mudo.  
La fe que tenerse pudo,  
¡ya cielos!; no es para dicha.  
No piense la nueva dicha  
de don Juan que es engañalle:  
que puede haber para amalle  
más razón que mi desdicha.

**Sale DON JUAN**

JUAN: Si antes decir mi tormento  
lo llamo yo osadía;  
ya piensa la suerte mía  
que es pensallo atrevimiento;  
que han resuelto mis enojos  
en tan felices agravios,  
que pasen también los labios  
todo el silencio a los ojos.

**Retírese DON JUAN como que está medroso**

ELVIRA:	(Pero, ¿qué veo?)	[Aparte]
JUAN:	(¿Qué miro?)	[Aparte]
ELVIRA:	(Ojos, no habéis de atreveros!)	[Aparte]
JUAN:	(¡Qué principios tan severos!)	[Aparte]
ELVIRA:	(¡Qué sequedad!)	[Aparte]
JUAN:	(¡Qué retiro!)	[Aparte]
ELVIRA:	(¡Qué altivez tan merecida!)	[Aparte]
JUAN:	(¡Qué encogimiento tan vano!)	[Aparte]
ELVIRA:	(¡Qué ceño tan soberano!)	[Aparte]
JUAN:	(¡Qué gracia tan presumida!)	[Aparte]
ELVIRA:	(¡Qué desdén tan celestial!)	[Aparte]
JUAN:	(¡Qué asustado está, y qué huyendo!)	[Aparte]

Sin duda que está temiendo  
que he de dalle un memorial.  
Aún con la vista despide.  
Si un desatinado amor

le fuera a hacer un favor,  
pensara que se le pide).  
JUAN: (Aun es diligencia osada; [Aparte]  
que vella mi amor procure).  
ELVIRA: El ministro se asegure  
que no le han de hablar en nada.  
JUAN: (Mi temor aún dificulta [Aparte]  
que en presencia suya espere).  
ELVIRA: Gran cosa, el hombre no quiere  
dejarse ver sin consulta.

**Hace DON JUAN reverencia con los ojos muy bajos**

JUAN: Parece grande ignorancia  
el no hace[r] cortesía;  
pues sufre esta cercanía  
tan infinita distancia.  
ELVIRA: ¡Qué forzada reverencia  
sin mirar! (Velle no quiero; [Aparte]  
que aquí, de este caballero,  
ni aun los ojos dan audiencia).

**Vase [DOÑA ELVIRA]**

JUAN: ¡Que huyendo va! Si la vio  
mi amor severa y altiva,  
ingrata, crüel y esquiva.  
Aun más la esperaba yo.  
¡Cielos!

**Sale GONZALO muy aprisa**

GONZALO: ¡Oh amo! Temerario,  
esquivo, crudo y severo  
ni sufrirme consejero  
ni quererme secretario;  
ya sé quién es la metressa.  
Y albricias le pediré  
de este amor, y que se ve  
tantico de ser condesa.  
Del rey al mismo aposento  
me he zampado, que me place  
que lo entremetido face  
necedad, más no escarmiento.  
Si intentare algún menguado  
despejarme, le diré  
que no hay para qué, porque  
yo me soy muy despejado.  
Mas quedo, que me hace gente  
la reverencia cuitada;  
que en palacio --y esto es nada--  
hasta con los pies se miente.  
Quiero ministrarme ya  
y al negociante.

**Va muy mesurado y topa con su amo y túrbase mucho.**

JUAN: ¿Hasta aquí  
te has entrado? ¿Estás en tí?  
GONZALO: Y aun iba a entrar más allá.

JUAN: Donde está el rey, muy despacio  
te entremetes.

GONZALO: ¡Menos guerra!  
Que he sido chisme en mi tierra  
y puedo entrar en palacio;  
que se me debe por ley  
hallarme en todo y entrar  
y salir y aconsejar  
cara a cara, a todo el rey.  
Esto es lo que siempre ha sido  
y otro casi tú; soy yo,  
y si tu criado no,  
válgame lo entremetido.

JUAN: ¡Gonzalo!

GONZALO: ¿Todo te enfada?

JUAN: ¡Escondéos hasta en el nombre!  
Gonzalo, ved que soy hombre  
que a mí no me sufro nada.  
¡Yo insolente para vos?  
¡yo, que aún nunca lo he de ser  
para mí?

GONZALO: No es menester:  
Yo basto para los dos.

JUAN: No hay burlas. Si tenéis brío  
de mi criado, tan presto  
en lo encogido y modesto  
podréis parecerlo mío.

Mi norte es el que os enseño  
si en él y esta religión  
queréis seguirme. Éstos son  
los pasos de vuestro dueño.

GONZALO: ¡Cuerpo de Dios! Con el norte  
y su observancia importuna  
[seré guía lacayuna]  
y cartujo de la corte.

Pesia con tanto preceto  
Lo honrado es harto pesado;  
no le añades lo discreto.

De tus criados, en fin,  
creyeron mis esperanzas,  
que para tus confianzas  
escogieras el más ruín;  
y por Dios, que es caso recio  
que sólo me haya tocado  
de tus penas lo cuitado  
y de tus dichas lo necio.

Yo no me meto contigo  
y harto, ¡pesie a Bercebú!,  
harás en ser bueno tú  
sin que lo acabes conmigo.

Ya que la suerte me toca,  
malvado me deja ser,  
que por mí no ha de perder  
su pedacito de loca;

que cosas pendiendo están  
de que yo sea bueno o malo.

JUAN: Lo dicho, dicho, Gonzalo.

GONZALO: Lo dicho, dicho, don Juan.

**Vase [GONZALO y] sale el REY**

REY: Don Juan, muy gran soledad  
me has hecho, y quiere mi amor

que aún primero que favor  
que lo creas voluntad.

Cuanta gracia un criado alcanza  
de su rey, duda ha de ser  
mientras no se llega a ver  
amistad y confianza.

Estos dos muros tendrás  
que te defiendan de cuantos  
riesgos te pongo, que en tantos,  
el más bueno tendrá más.

Preceptos no quiero darte  
ni confundirte en sus nombres,  
que es de contentar [a] los hombres  
largo y difícil el arte;

pero tomad de memoria  
éste sólo. Atento estad,  
que se arma en esta verdad  
vuestro crédito y mi gloria:

Gobernar consiste en modo  
unir pueblo, rey y Dios,  
nada por vos, y con vos  
y conmigo sello todo.

**Échale el REY los brazos y DON JUAN se arrodilla.**

JUAN:           Que te bese los pies deja;  
que si un príncipe enriquece  
cuando premia y favorece  
mucho más cuando aconseja.  
En el acierto no arguyo  
y obedecerte prometo;  
que se acredita el preceto  
más que en ser bueno, en ser tuyo.

Ya que a tu gracia he llegado,  
señor, preguntarte quiero,  
¿por qué a tan gran caballero  
y vasallo tan honrado

como a don Blasco le dejas  
sin premio, y sufrirte puedes  
que a vista de otras mercedes  
den justas voces sus quejas?

Que aunque ninguna le he oído,  
a tu grandeza conviene  
que le quites la que tiene  
y pagues las que ha tenido.

REY:           Dadme esos brazos y advierte  
que a don Blasco de Alagón  
le dejé con atención  
de hacer merced.

JUAN:                                       ¿De qué suerte?

REY:           Como resuelto tenía  
de eligirte por valido,  
guardar para ti he querido,  
más que para gloria mía  
esta acción, viendo en sus quejas,  
que son con términos sabios,  
aciertos, y desagravios  
todos los que me aconsejas;  
que en el pueblo es bien que andes  
tan acreditado y cuerdo,  
que vean que por tu acuerdo  
premio servicios tan grandes.

JUAN:           Por don Blasco y más por mí  
te beso la mano.



es muy bizarra, y no es menos  
doña Isabel de Gurrea.

REY: Son las dos muchos extremos.

JUAN: Doña Vicencia de Funes  
tiene nombre en todo el reino  
y doña Ángela de Heredia  
tiene el mismo.

REY: Aún es pequeño  
a sus méritos el nombre.

JUAN: La que más celebra el pueblo  
es doña Leonor de Hijar.

REY: Y la sangre ayuda a ello.

JUAN: Si te parecen bien todas,  
muy embarazado temo  
tu gusto.

REY: Pues, no lo temas;  
que nunca muchas hicieron  
gran batería en un alma;  
que la guerra y el estruendo  
sola es una; que una sola  
hace, don Juan, todo el miedo.  
Ninguna de las que has dicho  
es la que busco. Mas debo,  
generoso, altivo y grave,  
como rey y caballero,  
lucillas y honrallas todas  
que han de estar, y ansí lo ofrezco:  
una sola en el cuidado,  
y todas en el respeto.  
Mas advierte que he advertido  
que en el alarde que has hecho  
de tanto escuadrón hermoso,  
olvidaste lo más bello.

JUAN: ¿Quién señor?

REY: A doña Elvira  
de Aragón.

JUAN: ¡Ay, santos cielos  
señor! Deje de nombralla  
por dos cosas.

REY: Dilas presto.

JUAN: Porque es doña Elvira hermana  
del conde.

REY: No hables en ello;  
que a la hermosura no pasa  
la ira, y de aquel mancebo  
castigó mi padre tantos  
desvanecidos intentos.  
Di la otra causa.

JUAN: Es la otra,  
perdóneme si te ofendo:  
que vive en palacio Elvira,  
y está en el mismo aposento  
de tus hermanas, Alfonso.  
¡Gran sagrado en cualquier tiempo!

REY: Dices bien; mas considera  
que el decoro con que pienso  
amar, y el recato sólo  
vive en palacio; y te advierto:  
que si esto ha de ser cuidado,  
no sufriera menor dueño  
l alma, ni el albedrío  
menos soberano incendio.

JUAN: Decí[d], que es elección tuya;  
es sólo encarecimiento



de tu grandeza; mas dime,  
si a amalla estabas resuel[t]o,  
¿para qué tan vulgarmente  
te informabas?

REY: Ya te entiendo.

Pensé que nombrando a Elvira  
la primera, con tu acierto,  
mayor fuera el mío. Escucha  
hasta para los defectos  
como para las virtudes:  
siempre el mayor consejero  
es el mejor, porque honrado  
sabrás, prevenido y cuerdo,  
encubrillo como culpa  
y apartallo como riesgo;  
y puesta en un hombre bajo  
una confianza, haciendo  
ostentación de ella misma  
y aun granjería soberbio,  
ni asiste a la confianza  
ni él se cabe en el secreto.  
Tú mismo has de ser, tú mismo,  
por cuya mano este intento  
seguro ha de gobernarse;  
que no puede hacer misterio  
que tú y Elvira habléis juntos;  
que estando su hermano preso  
te ha de hablar, y fío de tí,  
que gustoso, a[l]ltivo y diestro,  
sabrás referir mis partes,  
sabrás pintar mis afectos,  
decir mis estimaciones,  
y ostentar mis pensamientos.

JUAN:

Señor, no puedo.

REY:

¿Qué dices?

JUAN:

Digo, señor, que no puedo.

#### Enójase el REY

REY: ¿Cómo no puedes? ¡Qué extraña  
respuesta! ¡Dime al momento!  
¿Por qué razón? ¿Por qué causa?  
¡Dílo al punto! ¡Dílo luego!  
¡Dí al instante! ¡Dí mil veces  
por qué!

JUAN: Porque yo la quiero.

A prisa y claro lo digo,  
y mil veces no lo niego.

REY: ¿Tú la quieres?

JUAN: Yo la adoro.

REY: Luego, ¿con ese pretexto  
callaste el nombre entre tantos  
y con honrosos rodeos?

JUAN: No, señor.

REY: Pues, ¿qué disculpa  
puedes dar?

JUAN: Que fuera necio  
en proponer lo que amaba  
a un rey ni a un hombre; y queriendo  
fiallo tú de mi mano,  
fuera traidor con efecto  
si la verdad te callara;  
que no hay peligro tan fiero,

ni tan desdichado trance,  
ni tan infeliz suceso  
porque yo a mi rey mintiera;  
que heredé de mis agüelos  
ser leal sin esperanzas  
y decir verdad sin miedos.

REY: ¿Y en qué estado, don Juan, tienes  
tu amor?

JUAN: En el más perfecto  
y más seguro.

REY: ¿Seguro?

JUAN: Y tanto que este deseo  
no le sabe doña Elvira.

REY: ¿Tu amor no sabe?

JUAN: Ni debo,  
con haber tiempo tan largo  
que a tan dulces penas muero.  
Una diligencia sola,  
ni a la voz ni al sentimiento...

REY: Si un amor cortés, don Juan,  
es agravio lisonjero,  
¿por qué le has callado [a] Elvira?

JUAN: Porque un pobre y de honor lleno,  
si pudiera, aun se negara  
a las noticias del cielo;  
que si bien lo altivo y noble  
de un alma en los mismos senos  
de la miseria tremola,  
generosos ardimientos  
en una vida oprimida  
de su grave [e] indigno peso,  
luces que el valor descubre,  
se llaman atrevimientos.

REY: Si por desvalido y pobre  
callaste ya, ya muy presto  
estarás en declararte,  
pues en mi gracia, el primero  
te hallas.

JUAN: No, no lo digas;  
que en nada he pensado menos;  
que si antes hice animoso  
valor, gentileza esfuerzo  
de callar, agora, agora  
escondido, mudo y ciego  
hacer intento, callando,  
religión del rendimiento,  
clausura de la memoria  
y obstinación del silencio.  
Sin amor tan puro y firme,  
decille no merecieron  
almas, vidas, penas, glorias,  
males, gemidos, tormentos,  
ansias, finezas, verdades,  
suspiros y amores tiernos,  
¿cómo ha de atreverse? ¿Cómo  
a decillo el falso viento  
de una dicha, el rumor vano  
de una ventura, el deshacello  
de una suerte? Que soy hombre  
de tan presumido aliento  
que sólo entrara en las dichas  
para hallarlas tan modesto,  
que a mis pies triunfarán todas;  
y agora en el duro encuentro

de tu amor en mi amor loco  
para callarle muriendo.  
A ser posible, a ser fácil  
entre uno y otro respeto,  
faltar al que un rey me pone,  
sobrara el que a Elvira tengo.

REY: Si estás resuelto a callarlo,  
poco harás por mí, y hoy llego,  
don Juan, a fiarte más  
que mi corona, pues, dejo  
en tus manos toda el alma.  
Mira por ella, advirtiéndome  
que mi atención, tú, y Elvira,  
todo está junto en mi pecho.

JUAN: Antes que nada te ofrezca...  
...te pregunto...

REY: Ya lo espero...

JUAN: ...¿qué obligación a su rey tiene  
un vasallo?

REY: Aunque exceso  
es preguntar lo que sabes,  
vuelve otra vez a sabello:  
Es obligación serville  
con la verdad, con el celo,  
con el amor, con el gusto,  
con la fe, con el consejo,  
con la hacienda, y con la vida.

JUAN: Pero no hay ley, ni hay precepto  
ni hay justicia, ni hay costumbre,  
ni hay lisonja, ni hay ejemplo  
que diga que con el alma.

REY: Las delgadezas dejemos:  
Que el alma del gusto es alma  
que se queda con el cuerpo.  
Esto quiero yo, esto mando,  
esto digo, esto resuelvo,  
y esto ha de ser.

JUAN: ¿Que, en fin, quieres  
que yo sea?

REY: Ha de ser esto.

JUAN: Si ha de ser, sea, y yo muera:  
que ya... que ya... por lo menos,  
no podrá ser con el alma,  
que aun hasta el alma me ha muerto.

## FIN DE LA PRIMERA JORNADA

## SEGUNDA JORNADA

Sale DOÑA ALDONZA y GONZALO, y él, puesta la mano en  
los labios con mucha hazañería y mirando a una parte y a  
otra

GONZALO: ¿Señora?  
ALDONZA: ¿Hay recato igual?  
GONZALO: Mira, que eres mujer noble  
y que está hecha la doble

del secreto natural  
en él. Te lo dije; y mira  
otra vez que declararse  
la verdad que ha de callarse  
tiene culpa de mentira.

Las verdades su costumbre  
pierden, en tal novedad,  
que te he dicho una verdad  
y ninguna pesadumbre.

ALDONZA: Yo callaré; pierde el susto;  
y a decillo otra vez prueba  
que tan agradable nueva  
aun no cabe en todo el gusto.

Dime mil veces, amigo,  
esta dicha toda mía,  
que aunque excedo en la alegría,  
yo la disculpo conmigo.

GONZALO: El caballero, en efecto,  
ya que no es comparación,  
[tiene que hablar con razón  
y así en mí no es defecto]:

Un obispo --y no muy lego--  
advirtiendo que se hallaba  
mucho gente que ignoraba  
las cuatro oraciones, luego  
con graves excomuniones,  
dio por incurso a cualquiera  
que de ocho años no supiera  
todas las cuatro oraciones.

Publicado este rigor  
entre los que tan severa  
doctrina ignoraban, era  
el señor Corregidor.

Compró una cartilla el hombre,  
y con afán cada día  
el Padrenuestro aprendía.  
Llegó acaso un gentil hombre,  
y viéndole tan suspenso,  
le dijo, "¿Qué hace, vusté,  
seor Corregidor?" --"No sé,  
por Dios, que es trabajo inmenso  
estudiar de tantos modos;  
que ha dado con mil extremos  
el seor obispo en que tenemos  
de ser teólogos todos".

ALDONZA: Muy bien aplicado ha estado,  
aunque largo, el cuentecillo.

GONZALO: Pues, nótome el cabestrillo;  
yo soy el mal aplicado.

ALDONZA: ¿Tan nuevo precepto admita  
no tomar?

GONZALO: ¡Qué lindo empleo  
mentir! Pagado lo veo.  
¡Cierto es que dije mentira!

ALDONZA: Muy honrado mentecato  
eres.

GONZALO: Pagarme procura  
callando, y ten a ventura  
hallar necio tan barato.  
Y adiós, que vienen. Con pena  
voy de no habella agarrado;

**Vase GONZALO**

ALDONZA:           ¿Hay suceso tan gustoso?  
Pues no cuesta demasía;  
no es inmodesta alegría  
holgarme con lo dichoso.

**Sale ELVIRA**

ELVIRA:           No puedo apartar de mí  
aquel altivo semblante.  
¡Qué hombre aquél! ¡Mal ser amante  
quien se guarda tanto en sí!  
                  ¡Qué elevación! ¡Qué mesura!  
¡Qué vanidad, y qué espanto!,  
que aún entendimiento tanto  
le embarace una ventura!

ALDONZA:         Ya muero por ver logradas  
de don Juan tantas ternezas,  
que en ser mayores finezas,  
querrán cobrarlo calladas.  
                  Elvira, ¿no se me ve  
que estoy contenta?

ELVIRA:                                 No había  
advertido en tu alegría.

ALDONZA:         Tengo infinito de qué,  
y aunque somos tan amigas...

ELVIRA:           Muy prevenida te espero,  
que ni preguntallo quiero,  
ni quiero que me lo digas.  
                  Y tanto, amiga, con ella,  
embarazada te hallamos,  
que plegue a Dios que podamos  
defendernos de sabella.

**Sale una CRIADA**

CRIADA:                                 ¡Señora! ¡Señora!

ELVIRA:                                 ¿Juana?

CRIADA:           ¡Qué prisa traes! ¡Qué furor!  
El camarero mayor  
del rey...

ELVIRA:                                 ¡Qué necia! ¡Qué vana!

                  ¿Lo acompañado te admira  
de un hombre y lo guarnecido  
de los tratos de válido,  
lisonja, engaño y mentira?

                  Va por la calle muy vano,  
muy presumido de eterno.  
Todo es caudal del invierno.  
Deja que llegue el verano.

ALDONZA:         Don Juan de Ayala no es hombre  
que del aplauso se engaña,  
porque sólo se acompaña  
de lo grande de su nombre.

ELVIRA:                                 ¡Muy a tu cargo has tomado  
el defender a don Juan!

CRIADA:           Locas entrambas están;  
que ninguna ha reparado  
                  que está aquí don Juan de Ayala.  
Don Juan de Ayala, señora,  
espera en la puerta agora.

ALDONZA:         ¿Qué dicha a mi dicha iguala?

ELVIRA:           ¿Don Juan de Ayala? ¡Con susto  
oigo el nombre! ¿A qué vendrá?  
CRIADA:           De parte del rey será.  
ELVIRA:           No ser nada de gusto.  
CRIADA:           Buena nueva te promete,  
que siempre la da el privado,  
y se guarda lo penado  
a embajador de bonete.  
ALDONZA:          Hazle entrar; no se detenga.  
ELVIRA:           Yo no sé a qué viene aquí.  
ALDONZA:          Si no lo sabes, yo sí;  
y mil veces don Juan venga.  
ELVIRA:           ¿Tú sabes a lo que viene?  
ALDONZA:          Sélo, y sélo de manera.  
ELVIRA:           Ya es querer --¡cielos!--, que muera  
de nuevo mal.  
ALDONZA:          Di que tiene  
licencia y aun libertad  
de entrar en todo.  
CRIADA:           Yo voy.  
ELVIRA:           (¡Oh, qué bajamente estoy           **Aparte**  
temiendo!)

ALDONZA:          (Mi voluntad,                   **Aparte**  
¡qué buen empleo te di!)

**Sale DON JUAN**

JUAN:            (Pasos de mis desvaríos,           **[Aparte]**  
ya, ya parecéis más míos,  
que todos sois contra mí.  
¡En qué trance que se halla!  
¡Cuánto afán mi pecho encierra:  
que es mía toda la guerra,  
y para otro la batalla!)

**DON JUAN les hace reverencia, y ellas a él.**

ALDONZA:          (¡Oh, si nos dejase Elvira!)       **[Aparte]**  
ELVIRA:           (Todo agravia a mi memoria).       **[Aparte]**  
JUAN:            (Todo es muerte y es vitoria,       **[Aparte]**  
cuanto huye y cuanto mira).

**Hace que se va ella**

ALDONZA:          ¿Te vas, prima?  
ELVIRA:           (No se van                   **Aparte**  
las penas que a tener vengo).  
Si ningún negocio tengo  
yo con el señor don Juan,  
¿qué he de hacer aquí?  
JUAN:            Esperad,  
señora, que os busco a vos.  
ALDONZA:          (Esto no previne, ¡ay Dios!       **[Aparte]**  
¡Qué cobarde voluntad!  
¡Valerse de Elvira quiere,  
para que me hable por él!  
¡Qué injusto miedo es en él  
lo que calla y lo que muere!  
Quiero dejallos aquí).  
¿Elvira, prima?  
ELVIRA:           ¿Qué quieres?

ALDONZA: Si confíalle quisieres,  
también se lo ofrece en mí.

**Vase ALDONZA [y] sale el REY al paño**

ELVIRA: (¿Hay confusión semejante?) [Aparte]  
REY: (Salgo a obedecer la ley. [Aparte]  
Perdone esta vez lo rey,  
que he de cumplir con lo amante.  
No es acción digna de mí,  
de la sangre y de la fe  
desconfiar; más pues amé;  
a más cosas me rendí.  
¡Qué atentos los dos están!  
Uno mata, y otro admira).  
JUAN: (Ya no hay que morir, Elvira). **Aparte**  
ELVIRA: (Ya no hay que vivir, don Juan). **Aparte**

JUAN: Bellísima y generosa,  
clara Elvira, en quien se ven  
las grandezas de Aragón  
y los blasones de Urgel;  
el rey, que Dios guarde, Alfonso  
el grande, el invicto, a quien  
las gloriosas partes de hombre  
se las envidia lo rey;  
este esclarecido y bello  
mancebo en quién duda es  
o más reinos en su mano,  
o más triunfos en su pie;  
cuyo valor tiembla Italia,  
cuyo imperio será en él  
adquirido por justicia,  
si ofrecido por merced;  
cuya temprana prudencia  
[reina] en el pueblo fiel;  
más fuerte es en el amor  
las coyundas que en la ley;  
cuya diestra, cuando lidia  
la bruta erizada piel,  
todo lo marcial describe  
un rasgo de lo montés;  
cuya gala, cuando al rayo  
andaluz sale a correr,  
todo el buen aire le infunde  
al céfiro cordobés;  
cuyo ingenio soberano,  
César nuevo puede hacer  
entre su espada y su pluma,  
verde batalla el laurel;  
cuyas altas perfecciones,  
medidas ninguna vez  
en deudas copia la pluma,  
y en injurias el pincel.  
El rey, en fin, que este nombre  
lo llena todo, por quién  
debemos a la experiencia  
cuánto se creyó a la fe;  
en medio de tan severos  
cuidados que pueden ser  
de suelo y blasón romano  
tanto augusto aragonés,  
aquel espíritu ilustre,

que tan superior se ve,  
que en todo, y más en sí mismo,  
es deidad, es hombre, es rey.  
Ya rendido al grave imperio  
de tus ojos, quiere en él  
batir el alto estandarte  
de su albedrío a tus pies.  
Sabio, fuerte, insigne, y cuanto  
es dentro en sí mismo, en que  
los Alejandros y Aquiles  
gimieran envidias de él.  
Todo mayor lo acredita  
en tus victorias, que en vez  
de tremolar en su amor  
las iras de tu desdén,  
en debidas atenciones,  
amante verás crecer  
a los milagros de hermosa,  
las beldades de cortés.  
Un amor decente y justo,  
muy bien puede merecer  
ingratitude, mas no queja;  
que hay poco de mucha ley.  
De la beldad imperiosa,  
la soberana altivez,  
que armas hace de lo injusto  
y glorias de lo cruel,  
negalle el agrado puede  
a un afecto en el querer,  
pero no quitalle el premio  
de morir y elegir bien.  
Elvira, Alfonso requiere  
dos lisonjas: --Puedes ver  
de méritos.-- Una en tí,  
--y de aciertos--, otra en él.  
Cuánta hermosura contiene  
la dulcísima esquivez  
de tu semblante, que al cielo  
es envidia y copia fue;  
cuanta belleza produce  
tu flamante rosicler,  
que en tu cara nievan flores  
las auroras de la tez;  
cuanto es en ajeno mayo,  
luciente blasón de un mes,  
y en tus labios no se paga  
de eternidad un clavel;  
cuantos en tus divinos ojos  
sabe enlazar, sabe arder,  
rasgos de sol, el incendio,  
lazos de estrellas, la red;  
en fin, cuantas perfecciones  
en tí floridas ves,  
pleiteando o excediendo  
lo deidad o lo mujer,  
no te acreditan de hermosa  
igualmente que el tener  
de Alfonso el alma; que él sólo  
supiera elegir también.  
Cuantas grandezas escucha  
tu admiración de este, pues,  
fénix real, que lo debe  
más al vivir que al nacer;  
cuanto en valor, en ingenio,



en virtud, en gloria, y en  
aplausos le atiende el mundo,  
arbitrio glorioso de él,  
no le da estimación tanta  
como amar y padecer  
en tu amor, que más lucido  
que por sí reina por él.  
La majestad, la grandeza,  
la fortuna, que tal vez  
hace atrevida la dicha,  
y hace grosero el poder,  
para triunfo y premio tuyo  
lo guarda, y quiere que estén  
obedientes sus finezas  
a las leyes que les des.  
Elvira, el rey es rey grande,  
y lo sabe parecer.  
Tanto que en hombre, le sobra  
la majestad al papel:  
verdad, secreto, decencia,  
glorias tuyas todas tres.  
Sufrir, adorar, sentir,  
obligar y padecer;  
todo es seguro en su amor;  
todo es fácil en su fe;  
todo lo ofrece primero,  
(y que muera yo después). [Aparte]

Last updated November 7, 1997

ELVIRA: ¿Ha dicho el señor don Juan?  
JUAN: Y no queda más.  
ELVIRA: Esté  
atento; que a mí infinito  
me queda que responder.  
Cuando escuché el grande estruendo  
y el prevenido tropel  
de hazañas y de grandezas,  
tan dignas de tan gran rey,  
creí que el señor don Juan  
le venía a proponer  
una nueva guerra al turco,  
o vieja liga al francés;  
que a proponerse galán,  
basta un caballero, en quien  
la sangre, y no la fortuna  
hable y merezca por él.  
¿Bien parece que aun no llega  
vueseñoría a saber  
que fue el infante don Jaime  
mi agüelo y también que fue  
mi hermano el competidor  
de este reino, y que es en él  
mi nombre? (¡Oh, vil caballero!) Aparte  
JUAN: Todo, señora, lo sé.  
ELVIRA: Pues si lo sabéis, don Juan,  
y juntamente sabéis  
que el rey se casa en Castilla,  
decidme, ¿cómo, por qué,  
Tratándole halla[r] marido,  
galán me le proponéis?  
¿Quedóle al rey otra injuria  
que imaginar o que hacer

a la casa de mi padre,  
y al nombre ilustre de Urgel?  
¿Yo, amores del rey? ¿Yo dama?  
¿Yo, permitir, yo atender  
a cuidados que se esconden  
y a traiciones que se ven?  
¿Yo, pagar la ociosidad  
de Alfonso? ¿Yo, entretener  
sus años? ¿Yo, divertir?  
¿Yo? ¡Templad su indigna red!  
¿Qué bajamente pensásteis  
de mí? ¡Qué mal conocéis  
mis bríos; que aún le durara  
lo partido del laurel!

REY: (¿Queréis responder, don Juan? [Aparte]  
¡Qué altiva, hermosa esquivéz!  
¡Con miedo espero!)

JUAN: (¡Qué estrechos [Aparte]

cielos navega mi fe!)  
No tenéis razón ninguna,  
señora, y no perdoneis:  
que la indignación no es culpa,  
que el amar no es ofender,  
y es tanto un rey, y más tanto  
como Alfonso, que a poder  
ceñir floreciente hiedra  
más alta hermosa pared  
no era queja, no era injuria  
en prendello, y para ser,  
no digo desvelo suyo,  
sino cuidado cortés.  
Al rey bastar no pudiera  
--ora enamorado esté  
o lo solicite ocioso  
o lo parezca fiel--,  
menos sangre que la vuestra,  
menos beldad y altivez,  
menos gloria, menos alma,  
menos luz, menos mujer.

ELVIRA: Desalumbrado primero  
os oí, mas no escuché  
groserías embozadas  
en tan necia y buena ley.  
¿Por qué lícitos caminos  
la gracia al rey merecéis,  
formándole gusto grande  
al aplauso aragonés?  
Vilmente viene tras fortuna.  
¡Empresa indigna! Ponéis,  
la primera huella en que pisen  
los despeños del poder.  
¿Vos, de negocios tan flacos,  
ministro? ¿Vos ejercéis?  
¿Matáis?; que aún las callara  
la osadía de un papel.  
¿Vos, a mí, recados? ¿Vos?  
¡Sois un necio, un infiel,  
un desatento, un villano,  
un grosero, un descortés,  
un ignorante, un soberbio,  
un atrevido, un cruel!  
(Un ingrato iba a decir,  
y el alma voy a perder).

Aparte

**Vase [ELVIRA]**

REY:           Mujer fiera, y ley hermosa  
de criado, yo daré  
la victoria --a mi nombre--,  
y el remedio a su desdén.

**Vase [el REY]**

JUAN:           Fidelidad costosa,  
de ilustre sangre obligación primera:  
no basta que yo muera,  
pues me veo en desdicha tan hermosa  
y en pasos tan perdidos  
fiel al rey, y traidor a mis sentidos.  
          ¡Quejoso esté lo amante!  
¡Dé voces contra mí la propia vida,  
que en fe, nunca vencida  
y en un pecho constante,  
la que lealtad se nombra  
al rey, que es todo luz, le adora en sombra!  
          Un alivio, mi pena,  
allá en tanto dolor y en mal tan justo,  
que todo muere en mí, si no es el gusto;  
pues ni rompo la ley ni la cadena,  
y Elvira siempre amada aunque ofendida.  
Viva en mí la razón y no la vida.

**Sale ALDONZA**

ALDONZA:       Con gran ceño y grande enfado,  
y sin hablarme se ha ido.  
Sin duda, Elvira ha sentido  
que me quiera demasiado.  
          Señor don Juan, ¿qué temor  
existe?; que no es culpado  
en respetos sin cuidado  
y en decencias un amor.  
          Hablad, decid, confiada  
vuestra pena bien sentida;  
que puede ser que en lo oída,  
le restaureis lo callada.  
          No detengáis vuestras glorias;  
que esperar que una mujer  
diga que os quiere es querer,  
sin pelear, dos victorias.

JUAN:           Sólo responderos puedo,  
señora, que aun lo pensado  
dentro de lo imaginado,  
obedece todo al miedo.  
          De una lucida fatiga  
que en alta parte se emplea  
consiste el premio en que sea  
y el alivio en que se diga.  
          No vive a tonta jamás  
la fe a semblantes ajenos;  
que nadie ha menester menos  
que el que sabe querer más.  
          De amor sé el sabroso encanto,  
pero de ajeno dolor  
yo sé poco; y a mi amor

no le sufro yo hablar tanto.

Vase [DON JUAN]

ALDONZA:       ¿Hay tan antiguo y tan nuevo  
amante? ¡Perdone el gusto!  
Ya le ocasione y ya es justo,  
pagarme lo que me debo.  
      ¿Yo decillo y llegar yo  
a buscallo para mí?  
El dejar hallarme, sí,  
pero tan hallada, no.

Sale GONZALO

GONZALO:       ¡Valga el diablo el mundo infame!  
No tomar ni recibir  
y siempre escuchar y oír  
la tremenda voz de un "dáme."  
      Yo estoy loco de furor;  
que no hay quien no llegue a creer  
que yo, yo le puedo hacer  
obispo o corregidor.  
      Y porque el vulgo crüel  
no diga cuál va el picaño  
a más de alguno que antaño  
no hiciera yo caso de él,  
      abonetadas le aplaco,  
muy puesto yo en ser bien quisto  
Que no valgo, --¡vive Cristo!--  
dos higos para bellaco;  
      pero, ¡quedo!, que está aquí  
doña Aldonza, mi señora.  
¡Qué contentada estará agora!  
Oh, mi amo! Luego la vi.  
      Que tras tanta jerigonza  
de callar sin declararse,  
había de enamorarse  
de toda una doña Blanca.

ALDONZA:       Gonzalo es éste.

GONZALO:       Ama mía,  
¿qué tenemos? ¿Hubo en prosa  
billetón enmarañosa,  
[en que algo el amor se fía?]  
      ¿Hubo papelón pulido,  
en lenguaje de obra prima  
y en desatinada enigma,  
sin entenderse, entendido?  
      ¿Hubo plática penayda?  
¿Hubo turbación famosa?  
¿Hubo queja misteriosa?  
¿Hubo también...

ALDONZA:       No hubo nada.

GONZALO:       ¿Cómo?

ALDONZA:       Tu dueño llegó;  
      habléle, ocasión le di  
de hablarme y sólo entendí  
que nada me respondió.  
      O no ha resuelto el papel  
de declararse, o espera  
que yo lo haga todo.

GONZALO:       Fuera

gran descanso para él.  
ALDONZA: ¡Gracioso menguado estás!  
GONZALO: Yo pienso que de malicia.  
Calla, y si no es por justicia,  
no le harán hablar jamás;  
que no es posible que haya  
quien calle. Y aunque el se está,  
vizcaíno vienen ya  
papagayos de Biscaya.  
He aquí: albricias te pido,  
que estar seco y no obligar  
es que ya empieza a gastar  
necedades de marido.  
ALDONZA: Gonzalo, resuelta quedo  
y no es gran presunción mía:  
a no dalle la osadía,  
basta que le quite el miedo.

**Vase [ALDONZA]**

GONZALO: Furiosa va si el reclamo  
no es cierto. Mas, ¿quién lo impide  
que lo Aldonza y de lo pide  
lo exquisito de mi amo?  
Pero aquí viene gran gente  
del seor mi amo. ¡Oh, que bien  
murmurara, y yo también  
lo ayudara lindamente!  
Quiero escuchallos, mas no,  
que en fin, si lo he de callar,  
¿qué presta? Y si lo he de hablar,  
basta que lo invente yo.

**Van saliendo DON BLASCO y los CORTESANOS.**

LUPERCIO: No siempre el mundo es el malo.  
CORTESANO: Ved que está un criado allí.  
LUPERCIO: Bien me advertís. Ansí,  
servidor señor Gonzalo.

**Hacen muchas reverencias a GONZALO los CORTESANOS.**

BLASCO: Ved, ¡qué atención!  
LUPERCIO: ¡Tanto ocio!  
GONZALO: ¿Ocio? ¡Si de holgarme vengo!  
LUPERCIO: Con vuesté un negocio tengo.  
GONZALO: Si es conmigo no es negocio.

**Vase [GONZALO]**

Last updated November 7, 1997

LUPERCIO: ¡Qué ángel, común sentimiento  
el que es don Juan afectado  
y que tiene en lo extremado  
excesos de entendimiento!  
Es hombre que a la extrañeza  
se entrega todo y le aplace

lo más singular y hace  
de la cortedad grandeza.

Y siendo ayer el aliento  
de lo festivo, entregado  
hoy al desvelo y cuidado  
muy pesadamente atento.

A su fortuna deshace  
con la estrechez en que vive,  
tan crudo que aun no recibe  
las gracias del bien que hace.

El retiro de don Juan,  
no hay sufrille; y más en nuevo  
reinado y con rey mancebo,  
bizarro, ardiente y galán.

Ya cansa tanto despierto  
vivir, tanta rectitud,  
tanta modestia y virtud.  
¿No digo bien?

BLASCO:

No, por cierto;  
que hablaréis con más templanza  
y aun no tuviérais disculpa  
si lo que halláis para culpa,  
buscáis para alabanza.

Y no queráis otra muestra,  
que en su favor os arguya;  
pues viene a ser gloria suya  
hasta la comlunia vuestra;  
que ejemplo Aragón ha visto  
igual en celo, en pureza,  
en templanza, y entereza;  
que el poder sólo es mal quisto.

¿Qué criados tan compuestos  
los suyos; y qué ceñidos  
sus ministros, y excedidos  
de humildes y de modestos  
sus deudos! ¿Que a maravilla  
lo fueran! En Aragón  
no los tiene, y todos son  
los mayores de Castilla.

¿Quién a tan gran caballero  
niega el honor que merece?  
que en gobiernos se aborrece  
no el peor, sino el postrero.

CORTESANO:

Si a tanta luz descubiertas  
sois de sus partes testigo,  
¿por qué sois vos su enemigo,  
y nunca entráis por sus puertas?

Que os celebra Zaragoza  
por su enemigo y por hombre  
de valor, y vuestro nombre  
lucidos aplausos goza.

BLASCO:

(¿Si piensa esta gente infiel **Aparte**  
que me lisonjean así,  
diciéndole a él mal de mí!  
¿Qué lisonjas le haré a él?

¿Esto es enemigo o cierta  
locura? Luego será  
su amigo el que siempre está  
gigante hambriento a su puerta.

Aquí la fortuna, el sello  
hecho, que viendo [a] mentillo,  
está obligada a sufrillo,  
y alguna vez a creello).

Si en la ambición que a otra abrasa,

nada quiero que me den,  
y hablar y querelle bien  
lo puedo hacer en mi casa.  
Yo le estoy lisonjeando;  
yo, quien le cohecha soy  
porque yo el tiempo le doy,  
que todos le estáis quitando.

LUPERCIO:

¡Gran hombre!

BLASCO:

Mudan lenguaje  
los que émulos suyos son.  
También todo es ambición,  
sino que anda en otro traje.

**Vanse [y] salen el REY y DON JUAN**

REY: Brava mujer, mas locura  
es presumirse tan bella  
y grande.

JUAN: Señor, en ella  
aun lo fiera es hermosura.

REY: Don Juan, yo he de porfiar,  
que aunque la fe es poderosa,  
tiene opinión de dichosa  
una porfía en amar.

JUAN: Señor, en tu bizarría  
y grandeza, que con fe  
sólo ha de amar, no hay en qué  
se ejercite la porfía.

Acuérdate que no has hecho  
a don Blasco de Alagón  
merced, y hacella es razón.

REY: No he quedado satisfecho,  
don Juan, de tu diligencia,  
y otra quiere amor que intente.

JUAN: (No está en más de lo que siente). **Aparte**  
Haces bien; que una experiencia,  
muchas esperanzas quiere.

REY: Quien de noticias se priva  
aunque muchos siglos viva,  
sólo cuente lo que muere.

JUAN: (Que satisfecho no quedo). **Aparte**  
Dice el rey fuerte razón,  
mas, ¿qué importa corazón?,  
que sin la culpa no hay miedo.

**Vase [DON JUAN]**

REY: Poderosa pasión, que aun más ardiente  
que en sí propia en ajenos hielos arde,  
cuanto me opongo a tu rigor más tarde,  
menos domado espero el accidente.  
Este dolor infiel que obliga y siente,  
de mi rendido afecto no haga alarde;  
resistámosle y muera, que un cobarde  
sólo en flaqueza ajena está valiente.  
Si don Juan fino anduvo a un mayor nombre,  
me estoy debiendo a mí; páguese agora  
un abismo de fe con otro abismo.  
Y aun ventaja de rey me debo en hombre  
que siempre el rey, con alma vencedora,  
ha de estar sobre todo y en sí mismo.

**Sale ELVIRA**

ELVIRA: Volvió en ira el amor; dejó sangrienta  
la memoria, y mi pecho es tan villano  
que aun no aborrece la rebelde mano.  
¿Qué osó la herida, y qué logró la afrenta?  
¡Ah ignorante!, ¡ah dormida!, ¡ah desatenta  
alma de un hombre vil, que acuso en vano!  
y ¡oh, corazón, de mi quietud tirano,  
que estragos tantos ve y aún no escarmienta!  
Tres batallas, tres guerras temo agora:  
del rey la furia, de don Juan la calma,  
y una sospecha que en mi pecho lidia.  
¡Desdichas vengan, muchas en buen hora!  
[¡Que ni esas batallas quepan en mi alma,  
ni la sospecha de otra que me envidia!]

REY: (¡Qué esquivo que viene Elvira!) [Aparte]  
ELVIRA: (¡Qué mesurado el rey viene!) [Aparte]  
REY: Qué suya que es la hermosura! [Aparte]  
ELVIRA: ¡Qué altivo se muestra siempre! [Aparte]  
REY: Elvira, ya tu respuesta...  
ELVIRA: Vea vuestra alteza, si quiere,  
que se la diga otra vez;  
que la diré muchas veces.

**Diga esto ELVIRA muy apresuradamente.**

REY: Todo es hermoso en lo hermoso;  
no embaraces más desdenes;  
y oye, que no vengo amante,  
sino rey que sabe y puede.

ELVIRA: (Si esto es amenazas, ¡viven  
los cielos! ¡Que no, no tienen  
los asombros hartos miedos,  
ni los males hartas muertes!)

REY: Elvira, don Juan de Ayala  
en valor, nobleza y suerte  
es lo que dice su nombre:  
que la sangre nunca miente.  
Es sin presunción, discreto,  
es sin destemplanza, alegre,  
sin extrañeza, bizarro,  
sin demostración, valiente.  
Virtud es de caballero;  
en mi gracia le guarnecen  
ni riguroso lo gusto  
ni pesado lo prudente.  
El lugar que yo le he dado  
--bien que en pequeñas mercedes,  
porque él las resiste todas--  
es lo menos que él merece.  
Yo he sabido --yo sé Elvira--,  
que te adora y que padece  
a toda su pena mudo  
y a toda esperanza ausente.  
Yo sé que en tu nombre vive;  
yo sé que a tus plantas muere,  
a sólo tu amor rendido,  
y a sólo su voz rebelde.  
Sus partes por él dan voces,  
que la llama que enmudece

**Aparte**



y entre sus cenizas arde,  
oculta incendio más fuerte,  
como en los campos del hielo,  
quejosa oprimida fuente,  
mal sufrida y bien atada  
a los lazos del diciembre;  
muda en su prisión el agua  
entre el vidrio transparente  
bulle, y respira en el centro  
blandos gemidos la nieve.  
Así en don Juan, detenidas  
las ansias en sus cortes  
afetos, señas brillaban  
de suspiros más ardientes.  
Don Juan es empleo justo  
de tus méritos, que deben  
a los suyos no menores  
esclarecidos laureles.

Él te adore, él te merezca;  
él te conozca; pues tiene  
un rey que de voz le sirva,  
y una deidad que le premie.

ELVIRA: (¿Qué es esto? ¿Un rey con tal arte? **Aparte**

"Y tan libre y falsamente  
pone tan indignos lazos,  
descoge tan flacas redes?  
¿Un príncipe, un rey se pone  
y con traza tan aleve  
a desabrochar un pecho  
que en paz tan despierta duerme?  
¿Esto en un rey es camino  
de saber? ¡Oh, si supiesen  
qué grandes, qué soberanos  
a todo nacen los reyes!")  
¿Qué respondes?

REY:

ELVIRA:

Que no hay rey  
que en un día a tener llegue  
dos embajadas tan graves  
en un negocio tan leve.  
Nunca el superior ministro,  
ni el príncipe, nunca suelen  
ser contra nuestra esperanza  
embajadores tan verdes.  
Esto respondo al estilo  
y a la sustancia. ¡Que intente  
vuesa alteza hazañas dignas  
de quien es! Pues, resplandece  
en tan heroicas virtudes,  
que en un rey es más valiente  
lo que pelea en sí mismo  
que en lo que los otros vence.  
Que no es ésta ocupación  
que con el nombre conviene  
de Alfonso el Ma[g]no, si todo  
las lisonjas no lo mienten.  
Si es casamiento, a mis deudos,  
si es amor, los ojos siempre  
en el silencio se informan,  
y en el retiro se entienden.  
Yo no pretendo ni espero  
que sólo Elvira pretende  
una estimación que prive  
y una libertad que reine.

REY:

Elvira, advierte, que digo...

ELVIRA: (Don Juan, ¡qué peligro advierte!) **Aparte**  
Que soy todo lo que debo.  
REY: Señora, ¿qué no me entiendes?  
ELVIRA: Entiéndote demasiado.  
REY: ¡Oye, mira, escucha, vuelve!  
ELVIRA: (¡Hombre astuto!) **Aparte**  
REY: (¡Mujer rara!); **[Aparte]**  
¿qué te recatas? ¿Qué temes?  
ELVIRA: Con temer no hay qué temer.  
REY: ¿De qué huyes?  
ELVIRA: De temerte.  
REY: ¿Temor? ¿Quién lo vence todo?  
ELVIRA: ¡Ah, caricias infieles!  
REY: ¡Mira que te quiero ajena!  
ELVIRA: ¡Mira que yo sé quererme!  
REY: ¡Mira que rey he nacido!  
ELVIRA: ¡Mira que no lo pareces!  
REY: ¡Mira que a un príncipe agravias!  
ELVIRA: ¡Mira que a una dama ofendes!  
REY: (Si medios nobles desprecias, **Aparte**  
guarda que irán los más fuertes).  
ELVIRA: (Engaños, todos sois flacos. **Aparte**  
Lo que ha de vencer, ya vence).

## FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

Last updated November 7, 1997

---

## TERCERA JORNADA

---

### NI CALLARLO NI DECILLO

**Sale GONZALO huyendo de DON JUAN.**

GONZALO: ¿Éste es el premio que aguardo,  
y el que un criado merece  
leal? ¡Por Dios, que parece  
que eres, mi amo, bastardo!  
JUAN: Aquí, villano, sabré  
quién este enredo inventó.  
GONZALO: ¿Enredo? ¿Soy dueña yo,  
porque en lo vulgar pequé?  
JUAN: Sólo en tí sospechar puedo.  
GONZALO: ¡Palacio, cosa crüel!  
¿El no hallar otro que en él  
merezca hacer un enredo?  
JUAN: Toda la casa, picaño,  
habla en que yo quiero aquí  
a doña Aldonza, y de tí  
solo ha salido este engaño.  
Que hay una gente penada,  
de tan cruda fantasía,  
que si algo no se le fía,

lo habla todo, y todo es nada.  
GONZALO:            ¡Hay tal traición!   ¡No hay disculpa!  
                      ¡No hay castigo! (Mas no quiero   **Aparte**  
                      mostrarme muy hazañero  
                      que verá que tengo culpa.  
                      Revelólo, --estoy furioso--  
                      la Aldonza, ¡desdicha fiera!  
                      Que sólo yo hacer pudiera  
                      enredo que no es dichoso).  
                      ¡Si se prueba tal maldad...!

**Levanta el grito**

(Yo daré, no hay que temer   **Aparte**  
que en palacio, no ha de haber  
quien lo diga.) No es verdad.  
JUAN:                ¿Por qué averiguar ofrezco  
                      si a doña Aldonza has hablado?  
                      Aquí te dejo encerrado.  
GONZALO:            Daránme lo que merezco,  
                      que es lo que no he menester,  
                      Quien averigua verdades,  
                      mentiras y necedades,  
                      cuántas se obliga a creer.  
JUAN:                ¡Ay, Elvira en mí penar!,  
                      aunque se ignore este ardor,  
                      no se infame en otro amor  
                      tan alta razón de amar.

**Vase [DON JUAN]**

GONZALO:            Encerrado me dejó.  
                      Si acá viniese algún lego  
                      de negocios, creará luego  
                      que lo mando todo yo.  
                      Rumor siento en el cancel.

**Sale el REY**

REY:                De don Juan el cuarto abrí.  
GONZALO:            Quedo, ¡el rey!  
REY:                ¿Quién está aquí?  
GONZALO:            ¡El rey, y yo estoy con él!  
                      (Luego mi amo querrá           **[Aparte]**  
                      que yo tenga la culpa).  
REY:                ¿Quién?  
GONZALO:            Soy yo, un hombre de bien,  
                      si es traje que se usa ya.  
REY:                No os turbéis.  
GONZALO:            No haré.  
REY:                Esparcido  
                      parece (¡y don Juan le alababa!) **[Aparte]**  
                      Conoceros deseaba.  
GONZALO:            ¿Por qué lado?   ¡Que han mentido!  
                      ¡Juro a Dios!  
REY:                Mirad qué son.  
GONZALO:            Soy muy hombre honrado, y sello  
                      es mi oficio.  
REY:                Estoy en ello.  
GONZALO:            Pues, va de conversación  
                      La propiedad pone aquí.

**Cúbrese GONZALO halladamente**

REY: A don Juan, ¿qué tiempo habrá  
que le servís?

GONZALO: El que ha  
que don Juan me sufre a mí.

REY: No parecéis muy criado.  
¿No murmuráis?

GONZALO: Ni aun por lumbre  
del amo; baja costumbre,  
ello se está mormurado.

REY: No os tiene muy bien premiados.  
¿No da lo que se merece?

GONZALO: Sequísimo hombre parece,  
marido de sus criados.  
En lo demás, nombre eterno  
se le debe.

REY: ¿Y él le va  
ganando?

GONZALO: ¿No se hallará  
en su poco de gobierno  
que se publica en tu gloria,  
que mientras encierra, cierra?  
¿No eres león de la guerra?  
¿Eres fénix de la historia?  
Y tan tentado nací  
de esto de la monarquía,  
que todo, todo querría  
governarlo si no a mí.

REY: Son cuidados muy ajenos  
de vos, que el gobernar  
en que más se ha de tratar,  
y en lo que ha de hablarse menos.  
¿Sabéis a quién tiene amor  
en palacio?

GONZALO: ¡Voluntad!  
(¡Al rey decir la verdad! **Aparte**  
La Aldonza guarda.) Señor,  
gastan con desigualdad  
los galanes de hoy el alma,  
que estos años era calma,  
pero agora es tempestad.  
¡Que él ama a una dama es cierto!  
Mas di, por Dios, su querella:  
¿Es la Aldonza?

REY: ¡No!

GONZALO: ¿No es ella?  
(Fui blando al primer concierto). [Aparte]

REY: ¿Dama? Esa voz es mentira:  
¡ninguna Aldonza se llama!

GONZALO: Si doña Aldonza no es dama,  
¿qué animal será?

REY: ¿Es de Elvira?

GONZALO: ¡Sancto Dios, dama pequeña!

REY: Está en su cuarto en que yo...

GONZALO: ¿Es mondonga? (¡Díjelo!: **[Aparte]**  
¡Segundo "pequé" de dueña!)

REY: Con ella en palacio está;  
es prima suya y la asiste.

GONZALO: No entendía yo ese chiste;  
¡va de las damas! ¿Será...?

REY: No las nombres, que profanas

su deidad.  
GONZALO: No sólo a tí,  
sino a todo, y aun a mí  
es bien que estén soberanas.  
REY: Todas bellísimas son,  
pero es altísimo el vuelo.  
GONZALO: ¿Es "doña Garza del cielo",  
o es Elvira de Aragón?  
REY: No puedo deciros tanto.

**Sale DON JUAN furioso, y repárese, en viendo al REY, y  
asústese mucho GONZALO, y ándese escondiendo detrás del  
REY**

JUAN: ¿Secretos entre los dos?  
¡Mataréle, vive Dios!  
¡Él fue el traidor!  
GONZALO: ¡Cielo santo!  
¿Qué llaman?  
JUAN: ¿El rey aquí?  
REY: ¡Don Juan!  
GONZALO: ¡Oh, bendito rey!  
JUAN: La majestad y la ley.  
GONZALO: ¡Póngase en medio! ¡Eso sí!  
Que entre dos que mal se quieren,  
nadie se puso indiscreto.  
REY: Que es muy gustoso, os prometo;  
yo le hallé.

**Mirando siempre DON JUAN a GONZALO**

JUAN: Siempre éstos mueren  
por vivir entremetidos.  
Señor, si él mereció veros,  
y ha sabido entreteneros...  
GONZALO: En eso de entretenidos,  
hable corto cada cual.  
REY: Haceros merced espero.  
GONZALO: No, si no juras primero:  
"Por mi corona real,  
non vollo."  
JUAN: ¡Qué atrevimiento!  
GONZALO: Ha sido bien acordado;  
que es lástima haber faltado  
tan suntuoso juramento.

**Vase [GONZALO]**

REY: Un negocio nuevo y grave  
traigo, que abrevialle es justo.  
JUAN: De vuestra alteza es el gusto;  
mi obediencia ya la sabes.  
REY: Ya estás, don Juan, informado  
que en sólo adoptarme funda  
la reina Juana Segunda  
de su vida y de su estado,  
la quietud. Yo con liviana  
ocasión, ni con locura  
fiado, a su mal segura  
condición incierta y vana,  
en la empresa entrar no quiero,

si lo posible, lo honroso,  
lo justo y lo provechoso  
no lo examino primero.

Y esto, fíallo es en vano  
de otro, porque sólo sé  
fiarme al cielo, a la fe,  
y al crédito de tu mano.

Parte a Nápoles, y en ella  
penetrar con seso y arte  
cuánto abraza aquella parte  
del mundo, lisonja bella.

Ve seguro, y sin enojos;  
que la esperanza me huye  
de todo donde no influye  
o mi consejo o tus ojos;  
que si el amor enlace  
en los dos prendas tan altas,  
donde yo estoy, tú no faltas;  
donde no estás, falto yo.

JUAN: Sola una merced te pido  
para irme luego.

REY: ¿Y no más?

JUAN: Que a don Blasco...

REY: Tú verás  
desagraviado mi olvido.

Ya he publicado, perdona,  
tu jornada, no a qué vas,  
ni adónde. Y pues, hallarás  
galeras en Barcelona.

JUAN: Hoy partiré.

REY: Que resuelvas

partir es cosa precisa,  
y esto no es decir que aprisa  
te vayas, sino que vuelvas.

(¡Que cierto es que hará misterio  
la ira!; pero no forzado [Aparte]  
la sufro; que un buen criado  
es lo mejor de un imperio).

**Vase [el REY]**

JUAN: Ayer de mi diligencia  
desconfió el rey, y hoy  
me aparta, y luego me voy,  
mucho ha tardado esta ausencia.  
Con amor, con obediencia  
serville y selle fiel  
me toca. ¡Suerte crüel!,  
que si esto no basta ansí,  
no puedo enmendar yo en mí,  
una culpa que está en &eqcute;l.

Pero culpalle no es justo;  
que es rey, y al rey, en efeto,  
si es razón, se la respeto;  
se le obedezco si es justo.  
No puede en mí ser injusto

**Salga ELVIRA**

veneralle; él mire en sí  
lo que dispone allí.  
Es acierto más fiel

respetallo para él  
que acertallo para mí.

ELVIRA: Señor don Juan, sólo agora,  
que me alegro de toparos,  
podré decir.

JUAN: ¿A enojaros  
siempre vos me halláis, señora?

ELVIRA: Vengo muy alborozada  
a pagaros (¡qué ansias llevo!) **Aparte**  
una embajada que os debo.

JUAN: ¿Vos a pagarme una embajada?  
(No la espero yo gustosa). **Aparte**

Sin duda, con buena ley,  
las altas partes de un rey  
premiaréis, Elvira hermosa.

ELVIRA: Ni pago ni debo nada;  
doña Aldonza me ha pedido  
que os diga que se ha ofendido...

JUAN: (¡Oh perro, o vil!) **Aparte**

ELVIRA: ...y enojada  
se muestra. Pues, declarado  
el amor que la tenéis,  
sólo a sus ojos hacéis  
ostentación de callado.

Vuestros desadvertimientos  
han de quedar castigados,  
que tenéis mal gobernados,  
don Juan, los atrevimientos.

Calláis vuestro amor igual  
a quién bien os le ha de oi[r],  
y el de otro vais a decir  
adónde os responden mal.

Vuestro término condeno  
aunque presuma de hidalgo;  
en vuestro amor hablad algo,  
y no tanto en el ajeno;

que hay voluntad, que callada  
se presume y hace alarde  
de muy civil. (¡Qué cobarde!  
No se atreve a perder nada). **[Aparte]**

JUAN: (¿Hay desdicha semejante? **Aparte**

¡Ah, vil criado embustero!  
¡Ah, traidor! De rabia muero!)  
Bella Elvira, no os espante  
que a responderos no acierte.

Querer a cualquier mujer  
de cualquiera puede ser  
justo acierto y noble muerte;

pero lo que no se ama,  
como el decoro lo vea  
que amor, señora, no sea,  
no es queja en ninguna dama.

¿Yo a Aldonza? Jamás en ella  
pensé; ni aun pienso en mi vida  
ofendella de querida.

Pues, ¿qué será de ofendella?

Que yo muero y peno es cierto,  
pero encerrado en mí mismo  
tengo el alma en un abismo  
y la voz en un desierto.

Y a esto, ni aun la eternidad  
le servirá de medida;  
y porque estoy de partida

para otros reinos, mirad  
qué mandáis; que el rey me envía,  
y he de partir.

ELVIRA: ¿Cuándo?  
JUAN: Al punto.  
ELVIRA: (¡Alma y vida y todo junto! **Aparte**  
Quedó sin ser parte mía).  
Don Juan, partid en buen hora  
y con bien podáis volver.  
JUAN: Conmigo no puede ser.  
(¿Qué alma niega lo que adora?) **[Aparte]**  
ELVIRA: (¿Quién sufre un sufrido amar? **[Aparte]**  
Amor).  
JUAN: (Fé). **[Aparte]**  
ELVIRA: (Querer). **[Aparte]**  
JUAN: (Sentir). **[Aparte]**  
ELVIRA: (Haced lo po[co] en morir). **[Aparte]**  
JUAN: (Haced lo más en callar). **[Aparte]**

Vanse [y] sale[n] ALDONZA y GONZALO

ALDONZA: (¿Don Juan de partida? ¡Extraña **[Aparte]**  
novedad! ¿Qué podrá ser?)  
GONZALO: (Está Aldonza; ésta ha de ser. **[Aparte]**  
¡Cava y Rodrigo de España  
por la posta! ¡Qué crueldad!  
Se va y sin mí; y he topado  
ya a muchos que me han mirado  
no más que hasta la mitad.  
¿Cuál es el mundo?; ¡Por Cristo!  
¿Que he de fingir que he quedado  
a grandes cosas?)  
ALDONZA: (Cuidado **[Aparte]**  
me ha puesto). No te había visto,  
Gonzalo.  
GONZALO: ¿Tan presto?  
ALDONZA: Di,  
¿Don Juan se ha ido?  
GONZALO: Se fue.  
ALDONZA: ¿Dónde?  
GONZALO: Yo sólo lo sé.  
ALDONZA: Y, ¿cómo tú?  
GONZALO: Quedé aquí,  
a sus negocios y entre ellos  
es el mayor ya la ley.  
ALDONZA: (¿Ir don Juan, y sin el rey? **Aparte**  
Misterios son; pienso en ellos).  
Adiós, Gonzalo.

Vase [ALDONZA]

GONZALO: Él le ayude.  
¡Se le olvidó! ¿Hay tal mujer?  
¡A vella pienso volver  
no más de cuando estornude!  
Yo soy Gonzalo, ¿esto escucho?  
En un día el mundo ves  
trocado, y según él es,  
¡por Dios!, que ha tardado mucho.  
¡Helos, helos por do llegan  
los bravos reverencieres  
de mi amo y míos!



**Salen LUPERCIO y el otro CORTESANO**

LUPERCIO: No esperes  
que vuelva: que se navegan  
estos golfos de palacio  
con terribles temporales.  
CORTESANO: Son escollos naturales  
las mudanzas.  
GONZALO: (¡Qué de espacio [Aparte]  
espero yo! Aunque me río,  
¿qué hace conmigo este par  
de frescos? ¡Ve[n] sin mirar!  
¡Se han pasado!) ¡Ah señor mío!

**Pasan mirando con sesgo a GONZA[LO]**

¿No tiene vusted con yo  
algún negocio?  
LUPERCIO: ¡Con él!  
GONZALO: Tan bien "él" es que "yo," ¡infiel  
canalla!  
LUPERCIO: ¿A qué se quedó  
por acá?  
GONZALO: (Vengarme intento). [Aparte]  
He quedado a despachar [Aparte]  
(¡Por Dios, que me he de vengar!)  
lo muy civil de otro cuento.  
Oye vusté: Un portugués  
con un ministro tenía  
un negocio a quién hacía,  
hasta dar en los pies,  
mil reverencias. Salió  
con él, y después topaba  
al ministro y no le hablaba;  
y un día le preguntó:  
"Seor fulano, ¿que se han hecho  
las reverencias de antaño?"  
Y el dotísimo picaño  
le respondió muy derecho:  
"¿Reverencias? ¡Gran socrocio  
para andar necios untando!  
Guárdovoslas para cuando  
con vos tenha otro negocio."

Last updated November 7, 1997

LUPERCIO: Está bien, cuando con vos  
le tenga, os ofrezco [a] hacer  
las reverencias de ayer.  
GONZALO: Y lo creo, ¡juro a Dios!

**Vase [GONZALO]**

CORTESANO: ¿No se sabe dónde ha enviado  
el rey a don Juan?  
LUPERCIO: Él fue  
por la posta, y sólo sé  
que el oído es apartado.  
CORTESANO: Don Blasco viene.





de don Juan dejaste, yo  
me vea una hora sin él;  
que dueño de un gran estado  
en Italia le he casado.

(¡Turbóse!) [Aparte]  
ELVIRA: (¡Cielo crüel!) [Aparte]  
¿A casarse partió?

REY: Sí;  
y volverá presto.

ELVIRA: (¡Cielo! Aparte  
Todo cayó por el suelo.  
¡Ya no soy nada yo, en mí!)

REY: (Don Juan, muy bien te he pagado;  
que por mí en tanto callar, [Aparte]  
ya te sobrará el hablar).

**Habla [ELVIRA] con el REY**

ELVIRA: Todo está bien empleado  
en don Juan.

REY: Queda avisada,  
Elvira, que tú has de ser  
quien reciba a su mujer.

ELVIRA: De una señora casada,  
ésa es propia ocupación,  
que yo...

REY: En Castilla se tiene  
ese punto. Aquí conviene  
que la mayor de Aragón  
la reciba y es precisa  
esa circunstancia. Espero  
casarte yo a ti primero.

ELVIRA: Nada te ofrezco. (¡Qué a prisa [Aparte]  
viene todo, esfuerzos vanos.  
¡Voy a morir! ¡Muera, muera!  
¡Pesares que ya cualquiera  
tiene razón, tiene manos!)

**Vase [ELVIRA]**

REY: Toda la casa de Urgel  
de que Elvira blasonó  
tanto a tanto no bastó.  
Pero Amor, ¿quién basta a él?

¡Cuando pienso en quién soy y en qué he nacido:  
Rey y a serlo aún no puedo, satisfecho  
de haber tanto escuadrón de amor deshecho,  
sin romper las murallas de mi olvido!

A mi espíritu grande, aunque exprimido,  
todo el campo de Amor le vino estrecho;  
que en la ardiente batalla de mi pecho,  
venciéndome, triunfé de mi sentido.

Bien sé, o gran corazón, y no me engañas,  
que debo yo a mis ínclitas memorias,  
como en mi amor, triunfar en las campañas.

Bien sé que deudas son mayores glorias,  
pero en tanto que no hay otras hazañas,  
basten las del sentido por victorias.

**Salen LUPERCIO y el CORTESANO**

CORTESANO: Sólo está; llegad.  
LUPERCIO: Ya os digo  
que ni a don Juan quiero mal.  
Ni es crudo mi natural,  
ni soy de nadie enemigo,  
sino que es ansia importuna  
de la corte, que sedienta  
de lo nuevo, se alimenta  
de estragos de la fortuna.  
REY: Deseando están aquéllos  
llegarse. Pues no ha de ser.  
Ni don Juan me ha de deber  
lo fácil de no creellos.  
Éstos cien mil alabanzas  
me dijieran de don Juan  
algún día, y hoy querrán  
de envidias hacer venganzas.

**Sale GONZALO muy recatado**

GONZALO: Quiero acechar, y será  
mi primera acechadura  
en palacio. ¡Si a ventura  
me conoce el rey! Que ya  
con licencia del decoro  
hablé con él anchamente.  
Tomo mi entrada.  
CORTESANO: ¡Detente,  
bergante!  
GONZALO: (¡Soltóse el toro!) [Aparte]  
Traté...  
REY: ¡Apartad! Llega, espera.  
GONZALO: ¡Vivo es, por Dios, el Beltrán  
que recibe bien su can!  
REY: Salíos vosotros afuera.  
GONZALO: (¡Mal Beltrán!) [Aparte]  
LUPERCIO: (El rey pretende [Aparte]  
saber de éste algún secreto).  
CORTESANO: Era su amo muy discreto.  
Poco sabrá.

**[Vanse LUPERCIO y el CORTESANO]**

REY: ¿En qué se entiende,  
Gonzalo?  
GONZALO: En morder las duras.  
REY: ¿Las duras? ¿Cómo?  
GONZALO: No sé...  
...en mi amo nada gocé...;  
que él me pudrió las maduras.  
De embozo ando por allí;  
mas debo a un amo discreto  
ponerme donde en efecto  
no puedo bajar de mí  
REY: Pues, ¿dónde dicen que está,  
y a qué le envié yo?  
GONZALO: Seor mío,  
lo primero a que os envío  
es a que no estéis acá.  
REY: ¡Qué locura!  
GONZALO: ¡Que lo sea!

REY: Y aun de celos de una moza.  
 No me debe Zaragoza  
 que una indignidad me crea.  
 ¡Oh, cuánto a un rey le conviene  
 aún no pensar cosa fea!  
 que ayudan a que se vea  
 las muchas luces que tiene.

GONZALO: Nada me da el rey, y en nada  
 reinar y dar se divide.

**Sale LUPERCIO**

LUPERCIO: Audiencia don Blasco pide.  
 GONZALO: Éste es toro de lanzada.  
 ¡Dios libre a mi amo!

REY: ¿Audiencia,  
 don Blasco? ¡Gran novedad!  
 Dudoso espero; entre.

LUPERCIO: Entrad.

**Sale DON BLASCO**

BLASCO: Dadme los pies y licencia  
 de hablarte a solas.

GONZALO: (¡El frasco [Aparte]  
 trae pólvora!)

LUPERCIO: (¡Qué derechas [Aparte]  
 saldrán agora sus flechas!)

GONZALO: (Hallóse en todo el don Blasco). [Aparte]

[Vanse LUPERCIO, el CORTESANO y GONZALO]

Last updated November 7, 1997

BLASCO: Aunque de tu palacio retirado  
 por cumplir, gran señor, con tu obediencia,  
 siempre a tu excelso nombre le he pagado  
 cuánto debe el honor a tu presencia;  
 que en lo servido y siempre venerado,  
 ni hace distancia el rey, ni tiene ausencia.  
 Sólo un lugar le cabe en el efecto,  
 y todos los ocupa en el respeto.  
 Mas si agora me veis entremetido  
 es --sufrilde a mi edad su atrevimiento--  
 por saber de don Juan en tanto olvido,  
 la causa, la noticia y fundamento.

REY: El superior dictamen escondido  
 de los reyes, y el alto pensamiento,  
 preguntallo es delito a la advertencia  
 y sabello es peligro a la prudencia.  
 Los reyes a las leyes soberanos  
 no deben dar de sí razón alguna;  
 que pasan de los términos humanos  
 y les ruega a lisonjas la fortuna.

BLASCO: No os engañen, señor, consejos vanos;  
 que ya con ella o sin razón alguna,  
 combaten a los puestos más lucidos,  
 tempestades de lenguas y de oídos.  
 Si a dar razón de vos nada os obliga,  
 sabed y basto yo.

REY: ¿Qué dirá este hombre?

BLASCO: Que si a don Juan osó voz enemiga  
dudalle la virtud, culpalle el nombre,  
hay verdad, hay valor, que a voces diga [Aparte]  
(ya bátese a sus pies cuando le nombre  
sus partes) sus virtudes eminentes,  
que basta un laurel suyo a muchas frentes.

Cuando Aragón oyó, cuando vio España,  
--perdone la ambición, calle la queja--,  
el modesto poder que le acompaña,  
la prevenida luz que le aconseja,  
¿a quién --y tanto pueblo nos engaña--,  
abrió la mano, ni cerró la oreja?  
Que navegando siempre rumbo incierto  
dentro en sus mismos golfos lleva el puerto.

Tú eres Alfonso el Magno en quién respira  
la ya oprimida Italia que te llama:  
que si el común aplauso no es mentira,  
Roma te espera, Nápoles te aclama.  
Premia, premia a don Juan. Al nombre aspira,  
deuda de tu valor y de tu fama.  
A nadie has de faltar ni aun en los modos;  
que el título de Rey es para todos.

REY: Dadme los brazos generoso anciano,  
claro honor de Aragón, que brevemente  
veréis aquí a don Juan.

BLASCO: Dadme la mano  
y licencia para irme juntamente.

REY: Quiero que me asistáis.

BLASCO: Quiéreslo en vano;  
que un retiro sin él en todo miente;  
y afectar un sosiego y tener poco  
es ambición de cuerdo en el más loco.  
Desde hoy quiero vivir en el mañana.  
Dadme licencia.

REY: Que entendáis querría  
que ésa es otra ambición no menos vana.  
Que la virtud no quiere demasía.  
Servir y bien es parte soberana;  
hacer lo justo es la justicia mía.  
La que elige y reparte está conmigo,  
y en mis jueces esté la del castigo.

**Salga muy alegre GONZALO y con él, alguna gente**

GONZALO: ¡Víctor! ¡Todo se remedia!

CORTESANO: ¡Qué presurosa jornada!

GONZALO: ¡Pudiera, en lo apresurada,  
ser jornada de comedia!

**Salga LUPERCIO y tras él, otro CORTESANO**

LUPERCIO: Señor, por la posta ha entrado  
don Juan.

CORTESANO: ¿Don Juan ha venido?

LUPERCIO: Don Juan.

REY: ¡Ésta prisa ha sido!  
(Que ha vuelto, no que ha llegado). **Aparte**  
Venga en buen hora.

BLASCO: Saldrán  
estos necios de su error.

**Salga DON JUAN vestido lucidamente con botas y espuelas,**

**acompañándole los de la compañía.**

JUAN: Dame los pies, gran señor.  
REY: Dame los brazos, don Juan.  
Y una y otra vez los quiero  
por llegar y ser también  
tan presto.

JUAN: Merezco bien  
tu noticia...

REY: Ya la espero.

JUAN: La reina Juana segunda,  
que en Nápoles reina agora,  
de la Casa de Durazo  
postrer fuego y nueva Troya,  
después de haber excedido  
en excesos a la otra,  
de nuevo poblando el nombre  
de tanta indigna memoria,  
después de haber desterrado  
con afrenta vergonzosa,  
con escándalo insolente  
y con pública deshonra  
al rey Jacobo, su esposo,  
que en virtudes tan gloriosas  
la batalla con sus vicios  
fue la mayor de sus glorias,  
entregada a sus licencias  
ningún afecto malogran,  
ninguna culpa suspende,  
ninguna maldad perdona.  
Mal contenta en ser incendio  
de su reino, a cargo toma  
desquiciar a Italia al mundo  
de la paz que ya no goza,  
hasta sacrílegamente,  
las tres sagradas coronas  
extremecellas trenzando  
los sacros jefes de Roma.  
Y en tanto mísero ejemplo,  
un sólo capitán osa  
de la ciudad reverente  
hollar la grandeza a toda:  
Braccio da Montone no humilla  
la Sacra Testa imperiosa,  
que el orbe todo su planta  
ha besado con dos bocas.  
[Éste, en Roma condottiere,]  
de protector se conforma,  
y yugo nuevo introduce  
si ajenas coyundas corta.  
Quedó por Juana el castillo  
de Santángel, y de otra  
el puerto. Ya intentos nuevos  
el alto diseño engolfa  
al Pontífice futuro,  
que en constancia se coloca  
laurel, en que tu gran padre  
partió con César las hojas.  
Reducille Juana intenta  
la santa ciudad, y adorna  
con el bastón de sus huestes  
al fiero atrevido Sforza.



Parte contra Braccio, luego  
le vence, oprime y despoja;  
y del fluctuante imperio,  
quietas las rebeldes ondas  
y a la tempestad calmada,  
nuevas erizadas olas  
del napolitano leño  
turban la serena popa.  
Luís, duque d'Anjou, que Rey  
se apellida y, con remota  
anciana razón, muy verdes  
sus esperanzas corona.  
La empresa del reino abraza,  
el tirreno mar asombra  
y la sirena, entre espantos,  
bate la guedeja hermosa.  
Todos sus verdes confines  
dudan y tiemblan sus costas,  
y en tempestad de bajeles,  
a guardar sus playas tocan.  
Sforza, ya condestable,  
con alma fuera y celosa  
de que el gran senescal goce  
misterios que nadie ignora,  
persuade a Luís que al punto  
asalte el reino, que sobra  
la presteza; que en la guerra,  
ella sabe ser victoria.  
Juntos divididos luego,  
lo rinden todo y destrozan  
sin que a invasión tanta un hombre  
osadamente se oponga.  
Los nobles napolitanos,  
que tantos destrozos lloran,  
con más fuego apagar quieren  
llama tanta y fe tan poca.  
Los dos encontrados nombres  
de Anjou y Durazo tornan;  
y mal certadas traiciones,  
sangrientas cabezas brotan.  
La reina, que entre escarmientos  
ve que es gala poco airosa,  
la púrpura que se halla  
en su vergüenza más roja.  
Recatada y detenida,  
cuida y previene y, --¿qué importa  
si a su clamor son de Italia  
las piedras las menos sordas?--  
y todos la dejan, yo primero.  
Todos, porque no es dichosa;  
todo falta, que es más breve  
una dicha que una aurora.  
Por respiración postrera,  
obligada de la sola  
esclarecida esperanza  
de tu nombre y fama heroica,  
padre y amigo te espera,  
hijo y sucesor te adopta,  
primero Cipiión te aclama,  
segundo Anibal te nombra.  
Apenas la ves, escucha  
el pueblo, cuando en sonoras,  
festivas, alegres voces  
"¡Viva Aragón!" dicen todas.

Las repúblicas vecinas  
a socorella se exortan,  
que Marte y Sol de la guerra,  
aún les hace luz tu sombra.  
¡Ea, quinto Alfonso el grande!,  
Italia otra vez conozca  
de Aragón las tres espadas,  
tantos siglos vencedoras:  
la bellísima Valencia,  
la constante Barcelona,  
de Cerdeña triunfos tantos,  
y dos cetos de Mallorca.  
Segundo Pedro en Sicilia,  
el derecho antiguo cobra  
de Manfredo, y también tenga  
Nápoles su Zaragoza.  
¡Hijo de Fernando!, pisen  
tantas como él lunas moras,  
cometas italianas,  
sus banderas españolas.  
¡Ea, otra vez, ma[g]no Alfonso!,  
la empresa es justa y forzosa;  
que de una mujer que ruega,  
no razón, lágrimas sobran.  
No detengas, no, tus hados;  
da materia generosa,  
que el mundo te reverencie,  
que el orbe te reconozca,  
que los príncipes te imiten,  
que te huyan las lisonjas,  
que te aplauden las naciones,  
y te admiren las historias.

REY: Otra vez mis brazos sella,  
don Juan, por tan informada,  
cuerda e importante jornada,  
y más por lo breve de ella.

Prevéngase mi familia  
la armada, y a toda la gente  
que he de pasar brevemente  
a Cerdeña y a Sicilia.

BLASCO: Dadme a mí, don Juan, también  
los brazos.

JUAN: Y el corazón  
con ellos.

GONZALO: ¡Que amigos son  
mi amo y el Blasco! ¡Oh, qué bien  
vusía me ha despenado!;

**Llegue GONZALO a DON BLASCO**

¡Qué enemigo le tenía!  
Y cierto que es vueseoría  
muy pesadamente honrado.

JUAN: ¿Siempre estás, Gonzalo...?

BLASCO: ...Es can  
de ley.

**Llegue a su amo con muchas zalemas**

GONZALO: ¡Bueno! Él besa pies;  
¡tenga! ¿Qué vusía es

CORTESANO: él que no estaba, don Juan?  
LUPERCIO: Bien le recibió y contento.  
Jamás lo dudes, son amos  
los reyes, muy reyes. Vamos  
a esperalle en su aposento.

**Vanse [GONZALO, LUPERCIO y el CORTESANO]**

REY: Ved, don Blasco, este papel  
que previne para vos,  
y haceldo luego y adiós.  
BLASCO: ¿Veré lo que dice en él?

**Toma el papel DON BLASCO y léele**

"Luego que abráis este pliego,  
con secreto y brevedad  
lo que dice ejecutad  
y ha de ser luego; voy luego."  
Notable es el rey.

**[Vase DON BLASCO]**

REY: Don Juan,  
escrupuloso de ver  
que Elvira es tanta mujer,  
y que yo un tiempo galán,  
bien que en ofensa decente  
la enojé y que ya casado  
te espero, dueño la he dado.  
JUAN: (¡Muerto soy!) [Aparte]  
REY: Y juntamente  
te caso a ti porque impida  
el quedarte qué sentir.  
JUAN: De no quedar qué morir,  
gracias le doy a mi vida.  
¿Casada Elvira?  
REY: Casada.  
JUAN: ¿Y yo?  
REY: También.  
JUAN: (¡Corazón!) [Aparte]  
REY: De don Blasco de Alagón  
te informarás.

**Vase [el REY] muy mesurado**

JUAN: ¿Qué jornada  
ha sido ésta? ¿Qué en su historia  
y en recelo tan temido  
más que del rey, el olvido,  
he temido su memoria.  
¿Casada Elvira!; eso sí,  
desdicha es, pero si no  
tuve más que amarla yo,  
con todo me quedo en mí.

**Sale ELVIRA**

ELVIRA: (Pues tuve aliento y valor [Aparte])

para excusallo y creello.  
¡Muera yo también con ello!)  
JUAN: (Si fuiste verdad y amor, [Aparte]  
Amor, ¿qué te prometías,  
sino desdichas, rigores,  
en fin, las penas mayores?  
¡Las más que las más, las mías!)  
ELVIRA: Sea don Juan parabién,  
antes que vuestra venida,  
vuestro casamiento.  
JUAN: (¿Hay vida [Aparte]  
que tantas muertes le den?)  
Con el gusto que recibo  
el vuestro, os le doy, señora,  
de hallaros casada agora.  
ELVIRA: (¡Cielos! ¡A más tormentos vivo [Aparte]  
si el rey cumplió su crüel  
promesa, y le ha dicho...

**Sale ALDONZA, muy apresurada**

...¡Ay fiera!)  
ALDONZA: Don Blasco, prima, te espera  
muy aprisa.  
ELVIRA: Espero en él,  
si ofenderme el rey desea,  
todo el remedio. (¡Ay, perdido [Aparte]  
don Juan!)

**[Vase DOÑA ELVIRA]**

JUAN: (¡Ay, rey bien servido, [Aparte]  
aún no he de culparte!)  
ALDONZA: Sea  
para bien el casamiento,  
señor don Juan, como es justo,  
si es que fuere a vuestro gusto.

**Vase ALDONZA**

JUAN: ¿Hay más pena? ¿Hay más tormento?  
¿Qué mujer es ésta? ¡Ay, Dios!  
¿Qué me da el rey? ¡Vive el cielo!  
¡Qué asombros pisa el recelo!

**Sale GONZALO**

GONZALO: ¡Mi amo y la Aldonza! ¡Ah, otros dos!  
A sagrado me recojo  
por hacia aquí.  
JUAN: ¡Éste es el fiero  
origen! ...Pero no quiero  
cebarme en tan flaco enojo.  
Llega, llega.  
GONZALO: Él no haya más  
falta; que de cosas juntas  
se han visto, no me preguntas.  
JUAN: Tú sin ello lo dirás:  
¿Hubo enemigos?  
GONZALO: Que hay uno.

¿Vendrás de todo, don Juan?  
Todos, todos lo serán,  
mas no me digas ninguno.  
Obra lo justo: es lo cierto;  
que este lugar --parta o quede--  
tener seguro no puede  
otro amigo que su acierto.

JUAN: Di, Gonzalo: ¿Has entendido  
con quién me casa el rey?

GONZALO: Sí,  
que él me habló, y le respondí  
que amabas...

JUAN: ¿Qué has respondido,  
hombre?

**Sale LUPERCIO**

LUPERCIO: El rey os llama.

JUAN: sin mí. Voy

GONZALO: (¡Gran "cómo" le he dado!) [Aparte]

**Van saliendo [todos]**

ELVIRA: ¿Qué es esto?

BLASCO: El rey lo ha ordenado,  
y esto basta.

ELVIRA: (¡Muerta soy!) [Aparte]

**Van saliendo por una puerta la mitad de la compañía  
muy lucidos, con plumas y cadenas, y ELVIRA y ALDONZA con  
lechug[u]jillas,  
y por otra puerta, a su tiempo saldrá la otra mitad de la  
compañía, también muy galanes, y el REY y DON JUAN con  
cadenas, y DON BLASCO DE ALAGON trae de la mano a DOÑA  
ELVIRA.**

GONZALO: ¡Qué fértil y qué galán  
pedazo hermoso de mozas!

BLASCO: Lleguen presto las carrozas.

GONZALO: ¡Noches!

ELVIRA: Yo, de don Juan  
recibir la mujer, yo?

ALDONZA: Viene esta novia embozada.

JUAN: Señor, no me ha dicho nada  
don Blasco.

REY: No importa.

JUAN: ¿No?

(¿si es doña Aldonza con quién [Aparte]  
casarme el rey determina?)

REY: Gentil viene la madrina,  
don Juan.

ELVIRA: Sale el rey también  
(de mi muerte a ser testigo). [Aparte]

JUAN: ¿Qué importa? Que el rey lo quiera.

GONZALO: ¿Qué mujer don Juan espera,  
si le casa el rey conmigo?!

REY: Doña Aldonza...

GONZALO: (¡Cierra España!) [Aparte]

JUAN: (¿Qué escucho?) [Aparte]

REY: ...ilustres varones,

ya que en tan altas acciones,  
tanta gloria le acompaña,  
¿a don Juan...

JUAN: (¡Estoy perdido!) [Aparte]

**Tómanse las manos [DON JUAN y DOÑA ELVIRA] y  
échanse a sus pies.**

REY: ...no merece...  
ELVIRA: (¡Esto es morir!) [Aparte]  
REY: ...que le salga a recibir  
doña Elvira por marido?  
GONZALO: Ayala dijo en Castilla  
otra voz.  
ELVIRA: ¿Quién se levanta  
de tus pies a gloria tanta,  
que bien a tus pies se humilla?  
REY: Tú sólo te has excedido.  
BLASCO: ¡Viva Alfonso!  
REY: Dar espero  
marido a Aldonza.  
ALDONZA: ¡No quiero  
que me deis lo que no pido!  
ELVIRA: ¡Mi don Juan!  
JUAN: Calle, señora,  
y mi dicha me oye en vos.  
GONZALO: ¡Eso sí, cuerpo de Dios!  
¡Hablárselo todo agora!  
REY: En un papel...  
JUAN: Ya no hay miedo.  
REY: ...tiene las mercedes tuyas,  
don Blasco, y también las tuyas.  
¡Publicaldas!  
GONZALO: Quedo, quedo.  
Todo a tan gran rey se fía.  
Habrá tajos y reveses,  
duques, condes y marqueses  
y rentas de gran valía.

**Toma un papel en la mano DON BLASCO**

JUAN: Senado, no hay resistillo,  
Comedia y amor dejallo,  
ni ofrecello ni pensallo  
ni callallo ni decillo.

**FIN DE LA COMEDIA**

